

# **La muerte nunca falla**

**Un doloroso descubrimiento**

**Concepció Poch**



**nibertá**

# **La muerte nunca falla**

Un doloroso descubrimiento

Concepció Poch



Directora editorial: Emi Fresneda

Diseño de la colección: El Ciervo 96, S.A.

Primera edición en lengua castellana: diciembre 2009

Primera edición en formato digital: diciembre 2013

© Concepció Poch Avellan, del texto

© Imagen de cubierta: Istockphoto

© Editorial UOC, de esta edición

Gran Via de les Corts Catalanes, 872, 3<sup>a</sup> planta

08018 Barcelona

[www.editorialuoc.com](http://www.editorialuoc.com)

Realización digital: Sònia Poch Masfarré

ISBN: 978-84-9064-025-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del *copyright*.

A mis padres,  
desde siempre y hasta siempre.

## *Prólogo de la propia muerte*

Los humanos vais diciendo por ahí, a quien quiere escucharos, que soy un personaje tabú y trasgresor. Me arrinconáis, me ignoráis, me detestáis. La sola idea de mi próxima presencia, a muchos, os horroriza. Estoy apestada, aunque no vivamos en la Edad Media, a vosotros os da igual la época.

Reconozco mi parte más “fea”, mis actuaciones traumáticas y a destiempo... pero ello no desvirtúa mi auténtica responsabilidad: asegurar el relevo generacional, llevarme a los que sufren sin paliativos, respetar al máximo las vidas incipientes, invitaros al descanso eterno (sin trabajo, sin hipotecas, sin enfermedades, sin lágrimas, sin lucha)... De todos modos, por mucho tabú que digáis que soy, cada día tengo más protagonismo entre vosotros. No podéis negar que os “gustan” las guerras, que “disfrutáis” visionando películas violentas, que no os “permitís” ni un respiro en el goteo imparable de violencia machista, que día tras día “contáis” homicidios sin sentido y muertes evitables, urbi et orbe.

Así pues, ¿en qué quedamos? ¿Os atraigo? ¿Os disgusto? ¿Os fascino? ¿Os horrorizo? ¡Para mí, que no os aclaráis! No hay otra explicación.

Desde hace unos quince años, Concepció Poch “trafica” conmigo. Se lo he permitido, tampoco soy tan cruel. Seguramente le ha ido bien, y es posible que a través de ella otros humanos me hayáis conocido. No me parece mal, pero tampoco me importa demasiado. Soy tan “estrella” que un reconocimiento más o menos me deja indiferente. Si me dedicara a contar (no lo haré, tengo tareas más urgentes y serias cada día) los cuentos, novelas, poesías, películas, noticias... en las que soy protagonista indiscutible, no acabaría.

Me parece que esta señora (la Poch) ya está un poco cansada y ésta va a ser su última incursión en mi “persona”. Se agradece que a una (a Mí) la dejen tranquila, aunque esto es un decir porque otros seguirán hablando de mí, y sobre todo, hablando MAL de mí para espiarme, escudriñarme, plantarme cara, criticarme, aborrecerme... y en contadas ocasiones aparecerá alguien para alabarme, desearme, esperarme, aceptarme... Pero nadie, nadie sabe en realidad nada de mí, ni los que dedican montones de páginas y energía para conseguir el inalcanzable objetivo de “doblegarme”. ¿Pierden su tiempo? No voy a juzgar a nadie, ¿para qué? Ya hace muchísima eternidad que llegué a la conclusión de que los humanos sois más bien “raritos”. A los que se atreven conmigo los admiráis y

detestáis a la vez, y como doy para tanto, siempre aparece el “intrus@” de turno que me saca a relucir.

Hoy me despido de una de estas intrusas, vendrán otras y otros. ¡Os aviso!

Como bien sabéis, conmigo nunca se acaba, mi tiempo es a prueba de eternidad. Mi relación con Concepció ha sido intensa pero sin gran pasión. Cada cual es como es. No obstante, las despedidas acostumbran a ser educadas y, en ocasiones, incluso emotivas. Aunque sean de ficción, como ésta.

De verdad, nosotras no nos hemos despedido con un “adiós” (suena a incoherente en nuestra relación) sino con un “hasta pronto”.

Coherente con lo dicho, adiós y hasta siempre.

Os espero, sin deciros ni el día ni la hora. Ello queda en el MISTERIO, que es –por si no lo sabíais– mi apellido desde toda la eternidad.

*La Muerte*

# ***Reflexiones en torno a la muerte y el morir***

*El que no se hable de la muerte  
no significa que no interese.*

Marie de Hennezel

A lo largo de la historia, diversos pensadores han dejado constancia escrita de cómo la conciencia de la muerte sólo pertenece al ser humano. Sólo él (nosotros) es (somos) consciente(s) de lo que puede significar morir, y de lo que representa la experiencia del morir de los seres queridos. La vida humana está diseñada por y para su mortalidad. Las plantas y los animales también mueren pero no son conscientes de ello; son finitos, pero ignoran su finitud.

Con esta ineludible premisa, las dos grandes “respuestas” de hoy a la pregunta *¿Por qué hemos de morir?* se dan en el terreno del *sensacionalismo* (medios de comunicación) y en el del *silencio* (público en general). La pedagogía social brilla por su ausencia. Pensamos, erróneamente, que si ignoramos la muerte quizá no nos afecte, al menos de momento.

Nuestra cultura occidental, a la que podemos llamar también paraíso posmoderno, caracterizada por la ilimitación, por una errónea percepción de inmortalidad personal, por el hombre que todo lo puede... choca contra una barrera infranqueable, la muerte. No queda tiempo ni espacio de reflexión para dedicarle. Es la gran asignatura pendiente de nuestro tiempo, para ella no hay ni programación, ni exámenes, ni evaluaciones. Esquivamos su presencia hasta el límite. Se nos enseña a vivir en las mejores condiciones, y sin embargo, nadie nos prepara para el último viaje, ni tampoco para gestionar el duelo por la ausencia de nuestros queridos difuntos. Realizamos constantes y titánicos esfuerzos para alejar la muerte de nuestra vida, y seguimos y seguiremos luchando aunque no logremos nunca el objetivo. Vivimos de espaldas a ella, en una sociedad hipercontrolada y controladora, la muerte es molesta, fea, antipática... ¡mejor no verla! ¡“Una tregua”, por favor! Pero no siempre ha sido así en la historia y en la experiencia de la humanidad. Dejemos que sea Philippe Ariès (sociólogo francés del siglo XX) quien nos sitúe en el tiempo, a partir del siglo XVIII, la historia “externa” de nuestra protagonista/estrella:

[...] La muerte constituye una ceremonia pública y organizada. Organizada por el moribundo mismo, que la preside y conoce su protocolo. Si llegara a olvidarlo o a hacer trampas, correspondería a los asistentes, al médico o al sacerdote, la obligación de llamarlo a un orden a la vez cristiano y consuetudinario.

Ceremonia pública también. La habitación del moribundo se convertía entonces en un lugar público. Se entraba en ella libremente. Los médicos de finales del siglo XVIII que descubrían las primeras reglas de higiene se quejaban de la superpoblación de las habitaciones de los agonizantes. Aún a principios del siglo XIX, los transeúntes que encontraban en la calle el pequeño cortejo del sacerdote que llevaba el viático lo acompañaban y entraban tras él en la habitación del enfermo.

Era importante que los padres, amigos y vecinos estuviesen presentes. Se llevaba también a los niños: no hay representación de la habitación de un moribundo hasta el siglo XVIII en que no aparezcan niños. ¡Piénsese hoy en las precauciones tomadas para alejar a los niños de las cosas de la muerte! Finalmente, la simplicidad con la que los ritos de la muerte eran aceptados y celebrados, de manera ceremonial, ciertamente, pero sin carácter dramático, sin excesivo impacto emocional. (Ariès, 2000: 32)

A partir del siglo XVIII los seres humanos de nuestras sociedades occidentales tienden a dar a la muerte un nuevo enfoque. La exaltan, la dramatizan, la quieren impresionante. Surge la preocupación por *la muerte del otro*; el otro, cuya añoranza y recuerdo inspiran, en el siglo XIX y en el XX, el nuevo culto a las tumbas y a los cementerios... En el siglo XIX, una pasión nueva se adueñó de los asistentes a una muerte. La emoción los agita; lloran, rezan, gesticulan. No rehúsan los gestos dictados por el uso –todo lo contrario–, pero los cumplen privándolos de su carácter banal y consuetudinario. Se los describe a partir de ese momento como si fueran invitados por primera vez, espontáneos, inspirados por un dolor apasionado, único en su género. La expresión del dolor de los supervivientes se debe a una intolerancia nueva a la separación. Pero la turbación no se produce solamente en la cabecera de los agonizantes o al recordar a los desaparecidos: la sola idea de la muerte conmueve. (2000: 63-66).

Las personas que tenemos padres o abuelos nacidos en las dos primeras décadas del siglo XX, en Europa, sabemos que éstos vieron morir (guerras aparte) a más miembros jóvenes de su entorno familiar que a viejos: justo lo contrario de lo que sucede ahora. La muerte era más imprevisible y más inevitable que hoy; tampoco se alargaba la vida por la intervención médica y las enfermedades con resultado de muerte temprana abundaban. El tiempo de la muerte no estaba tan ligado como hoy al tiempo de la enfermedad. Por eso morían más niños y jóvenes que hoy, y menos viejos. Hoy en día, las muertes infantiles y juveniles provocan un potente sentimiento de injusticia, e incluso de escándalo, porque ponen en entredicho la “segura” estadística de que prácticamente todos los nacidos en la segunda mitad del siglo XX duraremos hasta los ochenta años. Nuestro cuerpo debe aguantar –entre medicinas y cuidados– hasta esa edad. A la muerte imprevisible de ayer, hoy tenemos la muerte previsible (en la vejez). Para la mayoría de las personas occidentales, la

muerte es *aquello que les pasa a los viejos*; de ahí que preocuparse antes por ella resulte baladí, inoportuno e, incluso, enfermizo. Hasta se llega a afirmar que la muerte es (o tendría que ser) exclusiva de la vejez. La identificación se da por hecha, y el rechazo a ambas es automático. Como expresó alguien con claridad: “La Tercera Edad’ es una especie de Tercer Mundo”.

El nuevo modelo de muerte, *hospitalización, negación de la muerte, pérdida de ritos*, va asociado a la implementación de las estructuras modernas: *progreso técnico, consumo, secularización, hedonismo, juvenización, miedo a “perder”, hiperinformación*. En España, es probable que los preámbulos de esta sociedad se iniciaran en los años sesenta del pasado siglo, algo antes tal vez. Y junto a estas estructuras sociales, surge la *pérdida del sentido del dolor*, consecuencia del *régimen casi “obligado” de colectiva felicidad en el que no tienen lugar ni el sufrimiento ni la muerte*.

Muchas consecuencias de este nuevo modelo social de concebir la muerte quedan plasmadas en los rituales de la muerte. Y en este sentido es curioso constatar que se puede establecer un paralelismo entre algunas ceremonias de la antigua Grecia con el modelo que practicamos hoy en Occidente.

Los griegos colocaban en la boca del muerto un óbolo, moneda griega que era el precio que cobraba el barquero Creonte para pasar a la “otra orilla”. Junto con este curioso peaje, los griegos suministraban al difunto un jarro de aceite y en la mano le ponían un pan de miel. Los amigos y los parientes iban llegando a la casa para despedirse entre los lamentos de las plañideras alquiladas para la ocasión... ¡Hoy, la ceremonia no ha cambiado demasiado! Ciertamente que no hay jarros de aceite ni panes de miel, pero el peaje del barquero se paga a la funeraria para el entierro o la incineración del difunto. También continúa la exposición del difunto (detrás de un frío y grueso cristal) y la visita de los amigos, aunque las mujeres/actrices –plañideras– que cobraban por llorar y lamentarse han desaparecido en los entornos urbanos occidentales. Actualmente, como mínimo, se considera que la pena ha de ser sincera (¡algo habremos avanzado!).

No es casual que la negación contemporánea de la muerte esté acompañada de una valoración de la extensión de la vida en detrimento de su intensidad. Si apartamos la vista de la muerte, también socavamos el placer de la vida. Cuanta menos conciencia tenemos de la muerte, menos vivimos. Es una lástima que nos privemos de esta certeza. El *hoy* nos impele a acumular, a tener, sin detenernos en relativizar tanto el éxito efímero de muchos instantes como la tristeza infinita de tantos otros. Primo Levi explica en su espléndido libro *Si esto es un hombre* que “uno de los grandes dones de la muerte es que limita nuestras alegrías, pero también pone límites a nuestro padecimiento. La seguridad de la muerte pone límite a cualquier gozo, pero también a cualquier dolor”. ¡Vale la pena tenerlo en cuenta!

Se ha dicho en muchos foros y en un número ingente de libros que preguntarse por el sentido de la muerte es hacerlo por el de la vida. Y la pregunta por el sentido incluye aquí la pregunta por *la inmortalidad, el tiempo, la nada, Dios (dioses), la finitud, el más allá, el cielo...* Lo esencial de la muerte se escapa a la razón, aunque podemos obtener un “cierto” conocimiento y a la vez forjarnos experiencias próximas a ella. Es muy duro contemplar el rostro de un ser querido que ha dejado de sentir, de oír, de mirar, de llorar. ¡No puede ser! La dureza de esta certeza es probablemente la más dolorosa de las que el ser humano pueda experimentar. En el mundo feliz del progreso y del consumo, el sufrimiento y la muerte tienen poco sitio, ¡o ninguno! Hasta que aparecen y nos descolocan. Si nada hay más evidente, universal e inevitable que la muerte, reflexionar sobre ella es enfrentarse con la certeza primordial.

El filósofo Joan-Carles Mèlich afirma que “vivir es arriesgarse, porque la vida es un continuo riesgo, porque vivir es exponerse... El amor no puede vencer a la muerte, al tiempo, a la caducidad, pero es un reto a la muerte, al tiempo...” (Mèlich, 2000: 171).

## Del tabú del sexo al tabú de la muerte

Creemos que resulta positivo matar el “tabú” de la muerte y que un cierto grado de proximidad con ella nos puede facilitar el proceso de morir (¡cuando toque!). Evitar el ocultamiento de la única realidad plenamente inevitable nos ayuda a encontrarnos a nosotros mismos y a no descansar en la búsqueda del sentido de nuestra “personal e irrepetible” existencia.

El tabú de la muerte lo entendemos desde una civilización occidental sumamente individualista. En este sentido, se trata de un rechazo *psicológico*. Pero el rechazo también está presente en lo *social*. Hoy el hombre de Occidente ve la muerte como algo obsceno y escandaloso y pone sus esperanzas en los progresos de la ciencia y de la técnica que podrán un día acabar definitivamente con ella. En adelante, la muerte dejará de pertenecer al mundo natural: se trata de una agresión venida desde fuera que una medicina mejor, capaz de suprimir la vejez y la enfermedad, y una sociedad mejor, que impedirá la guerra y el crimen, terminarán por prohibir. (Thomas, 1991: 55)

No obstante, es justo reconocer que en la última década del pasado siglo, y en los primeros años del actual, la muerte está pasando del rechazo/tabú casi absoluto a un cierto reconocimiento. Rehabilitación que acostumbra a ser de “ida y vuelta”, a veces sí, a veces no, contradictoria como la humanidad. Y como la negación sigue dándose, los testimonios abundan. Uno de ellos es la actual ola de afirmaciones exageradas sobre el poder de la medicina preventiva: queremos creer que si nos comportamos bien, comemos los alimentos adecuados y con moderación, si hacemos ejercicio de manera habitual, etc., se nos recompensará con una vida larga y saludable. Sin embargo, no necesariamente es así.

La negación contemporánea de la muerte impone agobios adicionales tanto a médicos como a pacientes. La doctora Iona Heath (2008: 24) comenta que “uno de los encuentros más desafortunados de la medicina moderna es el de un anciano débil e indefenso, que se acerca al final de su vida, con un médico joven y dinámico que comienza su carrera”.

Retomando esta “historia externa” de la muerte, hay que destacar que entre 1930 y 1950 tuvo lugar un acontecimiento social importante: el desplazamiento del lugar de la muerte. Ya no se moría en casa, entre los deudos: se moría en el hospital y solo. El hospital se convirtió en un lugar en el que se procuraban cuidados que no podían darse en casa. Se transformó primero en un centro médico en el que se curaba y se luchaba contra la muerte. Hoy, un cierto tipo de hospital empieza también a ser considerado como el lugar privilegiado de la muerte. Los centros de cuidados paliativos no son hospitales para que los enfermos sean curados, sino precisamente para poder morir siendo *cuidados*.

Desde hace aproximadamente un tercio de siglo, asistimos a una revolución brutal de las ideas y de los sentimientos tradicionales; tan brutal que no deja de sorprender a los observadores sociales. La muerte, en otro tiempo tan presente por resultar familiar, se va diluyendo hasta, en algunos casos, desaparecer en la invisibilidad. Tampoco es baladí constatar, una vez más, cómo las prácticas y rituales sobre el cadáver en la sociedad actual tienden a desdibujarse y hacerse casi invisibles. Los funerales languidecen y se reducen a los mínimos: el duelo se interioriza y el entorno se confabula para que el deudo salga de él cuanto antes mejor.

Junto al conocido funeral clásico (en general, religioso) convive el funeral laico, del cual resulta difícil extraer pensamientos que nutran la idea de finitud. El funeral pasa a ser un trámite que no se puede eludir, pero si es breve, mucho mejor. Previamente, el cadáver ha sido entregado a las instituciones especializadas. El aseo y amortajamiento por parte de la familia, que aún sigue haciéndose en algunos pueblos, ha desaparecido prácticamente de las ciudades y es una práctica en fase de extinción. Los especialistas de hospitales o funerarias son, ahora, los “profesionales” que atienden el maquillaje mortuorio. Sobre todo en las grandes urbes occidentales, existen escuelas de estética que ofrecen cursos muy valorados para aprender a dejar “presentables” a los difuntos. La profesionalidad gana escaños también en el reducto “inmortal” de la mortalidad humana.

A pesar de vivir en una sociedad regida por unos ideales tecnocientíficos que funcionan bajo la promesa de que las cosas son calculables y previsibles, soportamos una evidente contradicción: la sobreprotección se ha convertido en extrema vulnerabilidad. Y lo único plenamente seguro es ella, la Muerte.

[...] La sociedad en este momento se mantiene al margen de todo lo que se refiere a la muerte, así que se hace mucho más difícil la elaboración del duelo. Hoy en día no existen los tiempos de reflexión, la inmediatez es una característica de esta sociedad que en cierto modo aísla a las personas de sí mismas y las deja sin los recursos necesarios para madurar sus problemas. Antes existían los rituales del duelo, de acompañamiento, que hoy están desapareciendo. Hoy casi nadie está interesado en escuchar los problemas ajenos. Perdemos a un familiar próximo pero tenemos que estar a los pocos días trabajando y recuperados en un tiempo récord.<sup>1</sup>

Karl Marx sólo dedica tres líneas en sus escritos al hecho de morir. En los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* comenta que “la muerte aparece como una dura victoria de la especie sobre el individuo”. ¿Querrá esto decir que aunque el individuo muera, la raza humana es inmortal? ¿Es posible ser tan prepotente?

Ante la muerte, no tenemos recetas ni técnicas que nos permitan asegurar que una respuesta, y sólo una, es la buena.<sup>2</sup>

## **‘Mi muerte’, ‘tu muerte’. ‘Mi morir’, ‘tu morir’**

El filósofo V. Jankélévitch afirma, con gran acierto, que la muerte siempre parece lejana, sobre todo en la juventud, a pesar de la experiencia de contemplarla diariamente a nuestro alrededor. Son los otros los que mueren, aun cuando es a mí a quien amenaza: “Es muy poco lo que se necesita, un coágulo de sangre en una arteria, un espasmo del corazón, para que el allá lejano se haga inmediatamente presente aquí”.

La cuestión filosófica por excelencia es el interrogante sobre el misterio de la muerte en sus dos vertientes:

- la propia
- la del otro a quien amo

Tanto la una como la otra (que, en realidad, son la misma) llegan a ser misterios impenetrables que propician el ejercicio de pensar. De hecho, nos angustia la propia muerte, y también nos provoca un inmenso sufrimiento pensar en la muerte de las personas queridas. Quizá la muerte de un ser querido sea la única que anticipa ya la propia.

Exceptuando algunas muertes relevantes –que irán desde el político famoso a la estrella futbolística–, la muerte no deja huella. En realidad, la muerte es un asunto privado que concierne al que se muere y a quienes le aman. Gabriel Marcel lo describe con claridad: “No dudo en afirmar que mi vida sin más, y la vida misma de mi espíritu, se han desarrollado bajo el signo de la muerte de los demás. *Lo que importa no es mi muerte ni la suya, sino la muerte de las personas que amamos*”. En otras palabras, el conflicto se plantea entre el amor y la muerte. El genial poeta Antonio Machado escribió en *Campos de Castilla* que el único problema esencial es el que plantea el conflicto del amor y de la muerte. En realidad, a los humanos nos es imposible prescindir del amor y quizás por ello, en nuestra intimidad, convertimos en inmortales a nuestros queridos difuntos.

Nos permitimos transcribir unas tiernas palabras del libro *Abans de néixer, després de morir* (Antes de nacer, después de morir), del pedagogo y maestro Jaime Cella, puestas en boca de una adolescente que acaba de perder a su madre:

Estoy tan bien contigo que no me hace falta morirte para sentirme en el cielo. Tu, madre, no has muerto, porque te recordaremos. Vivirás entre nosotros de otra manera, quizá más intensa y que tendremos que aprender a reconocer. Te tendremos a nuestro lado siempre y en todo momento. Sólo nos hará falta callar, cerrar los ojos y evocarte. Te tendremos presente siempre que lo deseemos. Sí, ahora lo entiendo: si nacemos antes de nacer, no morimos después de morir. (Cela, 2006)

José Luis Aranguren, recordado filósofo, afirmaba que por muy dolorosa que sintamos la muerte de un ser querido, siempre es una muerte desde fuera, y en tanto que acontecimiento, pasa. Y pasa porque la vida continúa. Únicamente el pensamiento y la meditación sobre *mi muerte* me hacen plantear qué es lo que significa en mi vida su *futura* y su *actual* presencia (porque cada día morimos un poco). Aquí la pregunta sería esta: ¿Qué actitud adopto ante *mi* morir y *mi* muerte?

Aunque Pascal también nos recuerda que *on meurt toujours seul* (siempre morimos solos), quizás hoy la soledad resulta más punzante, porque la compañía en muchas ocasiones brilla por su ausencia. Las que sí resultan omnipresentes en la enfermedad y la vejez, hoy en día, son la ciencia y la técnica vestidas de blanco. Es preciso reivindicar el derecho a vivir la propia muerte rodeados de más amor y de menos tubos. La *obligatoriedad de la muerte* nos recuerda que no se trata de un accidente que puede o no suceder, ni de una contingencia evitable, sino de algo constitutivo a nuestra naturaleza. En otros términos, *sólo moriremos los que ahora estamos vivos, y sólo han muerto los que algún día vivieron*.

Puede resultar cómodo no acordarnos de que tenemos que morir, a pesar de haber vivido la muerte de personas queridas. El *memento mori* (momento de morir) medieval va desdibujándose de nuestro horizonte. Una gran mayoría de las personas viven y mueren en la pura y dura materialidad, con la ilusión “ilusa” de que la ciencia sea una pócima mágica capaz de concederles la inmortalidad, la *real*, no la *virtual*. ¿Será que idolatran su propio cuerpo? ¿Será que olvidan que todos tenemos fecha de caducidad (aunque, por fortuna, se olvidaron de escribirla en el envase)? ¿Será que pretenden que su eslabón de la larga cadena de generaciones humanas sobreviva? ¿Será...?

No hay que olvidar que el cuerpo se degrada, que los amigos se mueren, que todos te olvidan, que el final es soledad. No hay que olvidar tampoco que esos viejos fueron jóvenes, que el tiempo de una vida es irrisorio, que un día tienes veinte años, y al siguiente ya son ochenta... Si se teme el mañana es porque no se sabe construir el presente, uno se dice a sí mismo que podrá hacerlo mañana y entonces ya está perdido porque el mañana siempre termina por convertirse en hoy, ¿lo entendéis?

De modo que sobre todo no hay que olvidarlo. Hay que vivir con la certeza de que envejeceremos y que no será algo bonito, ni bueno, ni alegre. Y decirse que lo que importa es el ahora: construir, ahora, algo, a toda costa, con todas nuestras fuerzas... Para eso sirve el futuro: para construir el presente con verdaderos proyectos de seres vivos. (Barbery, 2008: 141)

Según el escritor Carlos Cobo Medina, hay que referirse a dos tipos de negación de la Muerte: la *negación objetiva* y la *subjetiva* o *psíquica*. La primera corresponde directamente al viejo sueño de la piedra filosofal, del elixir de la vida. Ahora, con la nueva alta tecnología y las expectativas de la genética y de la biología molecular, se especula de nuevo con las posibilidades físicas de alargar

la vida hasta llegar incluso a volver a soñar con una posible inmortalidad en el ser humano. La negación subjetiva de la muerte es la de vivir como si no existiera, incluso cuando se la ve llegar (Cobo Medina, 2000: 303).

Todos los años mueren, aproximadamente, cincuenta y seis millones de personas. Incluso si cada muerte afecta sólo a otras cinco personas, el total anual de afectados ronda los trescientos millones, lo que equivale al 5% de la población mundial.

¿Cómo es posible reducir este hecho al silencio o al sensacionalismo? ¿Dónde queda la reflexión sobre lo que significará mi propia muerte y la dura ausencia de los seres queridos que ya no están a mi lado? Preparar la cercanía natural de la muerte –a cualquier edad– debiera ser lo más sensato. La líder africana por los derechos de los niños y las mujeres, Graça Machel, afirmaba en un periódico de Barcelona (abril de 2008) que “si los niños de Barcelona fueran educados en la conciencia de que la vida de un niño de aquí y la de un niño de Bangladesh o de Mozambique tiene el mismo valor, habría un inmenso cambio”.

La lúcida reflexión de Viktor Frankl:<sup>3</sup> “cuanto mayor sea el propósito que tenga nuestra vida, más pequeño será el miedo a la muerte” nos invita a pensar y a creer que el sentido de la vida es inversamente proporcional al miedo a la muerte. Así pues, aquel que sabe dar sentido a su vida vive más serenamente la muerte. El miedo humano a la propia muerte y a la de las personas queridas pertenece más al *cómo moriré* (ámbito vivencial) que al *por qué tengo que morir* (ámbito racional). Quizá tengamos más miedo –o terror, en algún caso– al sufrimiento que puede surgir a lo largo del proceso de morir que en el momento final de la muerte (sobre todo si ésta es súbita).

Los seres humanos sabemos que sólo moriremos una vez, pero que hay múltiples formas de hacerlo. Sorprende la convicción de que una muerte repentina es mejor para el que muere, y muchas personas expresan su deseo en esta dirección (aunque normalmente es un deseo difícil de conseguir). Personalmente opino que una enfermedad crónica o terminal ofrece la posibilidad de compartir y revivir recuerdos, de despedirse, de perdonar y hacerse perdonar y de decir lo que debe ser dicho, evitando a los seres queridos numerosos quebraderos de cabeza.

Como dijo Albert Camus, no llegaremos a ser libres de verdad hasta que no dejemos de tener miedo a la muerte. También Saint-Exupéry, conocido autor de la obra *El principito*, pensaba de modo similar: “Sólo lo desconocido aterriza a los seres humanos, pero lo desconocido deja de serlo para aquel que lo afronta”. La comprensión y el descubrimiento de sentido, el análisis de una vida en el marco de un relato coherente, son procesos mediante los cuales podemos llegar a aceptar la muerte, y para esa tarea, la clave reside en el cultivo amoroso de las relaciones de afecto y amistad.

Quizá porque nuestra sociedad considera tabú la muerte, hay tanta necesidad de llenar este vacío, de hablar de ella, porque el no mencionarla la convierte en inquietante y el ponerle palabras resulta un alivio. En este alivio, ya hemos hecho referencia a los ritos funerarios humanizadores. La ausencia de rituales con sentido genera un doloroso vacío a quienes sienten el dolor de la pérdida y los condena a una soledad más profunda e hiriente. En palabras de Rafael Argullol, los rituales son el puente entre la forma y el fondo.

¿Resulta humano vivir sin hacer caso de la muerte, como si no existiera o no nos concerniera, o como si la pudiéramos postergar indefinidamente? Como siempre, en este lance, no nos cansaremos de repetir que la respuesta es personal, única e irrepetible.

## Poema, Y ahora me voy (Pablo Neruda, 1834-1891)

Y AHORA ME VOY

Y me voy sin haber recibido mi legado,  
Sin haber habitado mi casa,  
Sin haber cultivado mi huerto,  
Sin haber sentido el beso de la siembra y de la luz.

Me voy sin haber dado mi cosecha,  
Sin haber encendido mi lámpara,  
Sin haber repartido mi pan...

Me voy sin que me hayáis entregado mi hacienda.

Me voy sin haber aprendido más que a gritar y a maldecir  
A pisar bayas y flores...  
Me voy sin haber visto el Amor,  
Con los labios amargos llenos de baba y de blasfemias,  
Y con los brazos rígidos y erguidos, y los puños cerrados,  
Pidiendo Justicia fuera del ataúd.

## *El tiempo, la vida y la muerte*

Danza medieval de la muerte:

A morir voy.

Nada más cierto que la muerte cierta,

Nadie sabe el momento y hora.

A morir voy.

A morir voy.

Polvo, reducido a polvo:

La misma ley que existir me hizo.

A morir voy.

A morir voy.

A otros sigo, otros me siguen.

Ni el primero soy ni seré el postrero.

A morir voy.

La pregunta por la muerte y el interrogante sobre el sentido del sufrimiento se sitúan más allá de los límites de la ciencia porque son cuestiones que ultrapasan las coordenadas espaciotemporales. El filósofo L. Wittgenstein lo expresaba de este modo: “La solución del enigma de la vida en el espacio y el tiempo se encuentra fuera de ellos”. El ámbito del sentido último trasciende los límites de la ciencia.

La evidencia de que nuestro tiempo es finito nos permite descubrir las horas de cada día como una oportunidad única e irrepetible; también nos permite darnos cuenta de que si no hubiese muerte, si la vida no se terminara, todo se podría aplazar definitivamente... No habría compromiso ni responsabilidad de aprovechar el *tiempo* con el objetivo de dar *sentido a la existencia*. Hay un viejo adagio al respecto: “Vive cada instante como si fuera el último que tuvieses que vivir, pero con tal valentía como si nunca tuvieras que morir”. Un día más de existencia es un día más hacia la muerte. Vivir es desprenderse. A lo largo de nuestro calendario decimos muchos adioses a personas y a cosas. De diversas formas y continuamente.

Mi estimado profesor de filosofía, el doctor Emilio Lledó, ha escrito que no existiría la vida, ni la conciencia, ni el pensamiento, sin ese continuo contraste entre la realidad de la inmediata temporalidad de cada instante, fluyendo casi al mismo ritmo con que la naturaleza que somos hace latir al corazón, y la temporalidad mediada por el pasado en el cauce constante de la historia, de la memoria colectiva.

Constatamos que morirse quizá consista en salir del *tiempo*, en quedarse ya sin *tiempo*. El paso del *tiempo* nos proporciona, metafóricamente, una experiencia de muerte. Quevedo escribió: “[...] hoy cuento yo cincuenta y dos años, y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya también falleció mi edad varonil. Pues ¿cómo llamo vida a una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido?”.

En cinco líneas, Quevedo nos describió las “pequeñas/ grandes” muertes de nuestro periplo vital. Habrá otros modos de expresarlo, pero... ¿igual –o más– acertados?

## El tiempo que corre y se acaba

*Ya dormirás cuando mueras*<sup>4</sup>

¿Tenemos tiempo más allá del reloj? ¿Somos víctimas de una sociedad esclava por la falta de tiempo? La experiencia y el sentido común nos muestran que todo tiene un límite y que nosotros, seres vivos, también lo tenemos. Varios filósofos afirman que esa certeza indiscutible es la que nos hace desear la eternidad con el objetivo inalcanzable de escapar al poder del desgaste del tiempo. Quizá es por eso por lo que el tiempo para nosotros, humanos, siempre va unido al afán de calcularlo, registrarlo, detenerlo, para, en cierto modo, adueñarnos de él.

Según el antropólogo Lluís Duch, *la velocidad* es un signo característico de nuestra época, el vertiginoso aumento del *tempo* social. El sosiego, la pausa, el “tener tiempo” son también bienes muy escasos. Nos hemos convertido en esclavos del reloj y del calendario, en una sociedad desasosegada. Además, el aumento descontrolado de la velocidad acostumbra a ir acompañado de un notable incremento de la violencia doméstica y pública. Y otra consecuencia importante del vertiginoso aumento de la velocidad en todas las esferas de la existencia humana es que la *provisionalidad* se ha constituido en el valor máximo de nuestro tiempo.

Como ha escrito recientemente el filósofo Daniel Innerarity, domina una cultura de la urgencia/aceleración expresada en el *iahora, aquí, ya!*, y en la que el más veloz es el más poderoso. También José Antonio Marina puntualiza acertadamente, a nuestro entender, que “la prisa nos complica mucho la vida”.

Algunas personas “duran” mucho tiempo, como algunos objetos, pero en realidad viven muy poco, mientras que otras, a pesar de su corta vida, alcanzan los años de una larga experiencia. Quizá el haber vivido un número importante de pérdidas facilite el proceso de morir. La muerte de los seres queridos abre el camino a la pérdida personal y definitiva, y en ese sentido los muertos nos pueden ayudar a nosotros, los vivos, a morir.

Cada momento de nuestra existencia consta de tres dimensiones: el pasado, el presente y el futuro. En la infancia el pasado casi no existe, y el futuro se presenta lleno de posibilidades. Los días, los meses y los años de cada calendario modifican esta relación. El círculo del pasado contiene la historia de una vida, la de cada uno, y el círculo del futuro extiende los límites de nuestra vida individual al incluir la vida de aquellos que nos aman y nos sobreviven. No podemos cambiar el sentido del tiempo, lo que ha pasado, pasado es. Es imposible volver atrás para eliminar el pasado, para destruirlo: una vez pasado, ya no regresa.

Para algunos, la muerte conlleva una nada eterna. Para otros, se prolonga en una merecida eternidad. Ambos puntos de vista tienen la capacidad de brindar consuelo para quien cree en ellos. George Steiner (2001) encuentra el sentido de la eternidad en cada uso del *tiempo futuro*:

Hay un sentido en el que todo uso humano del tiempo futuro de los verbos “ser” y “estar” es una negación, si bien parcial, de la mortalidad. Todo uso de una oración condicional encabezada por “si” habla de un rechazo de la brutal inevitabilidad, del despotismo de la realidad. El tiempo futuro y el “si”, que gravitan en campos intrincados de fuerza semántica alrededor de un centro oculto o de un núcleo de potencialidad, son los salvoconductos hacia la esperanza.

Ante la inminencia de la muerte de un enfermo grave, siempre existe la incertidumbre de no saber cuánto tiempo le queda. Inevitablemente, en algunas personas, existe un conflicto entre el deseo de que el moribundo nunca muera y el deseo de que todo termine cuanto antes. A veces es imposible no pensar en el alivio que producirá la muerte, y es imposible no sentir cierta cuota de culpa por pensarlo. En esta tesitura, puede ayudar el hecho de separar el tiempo individual de la persona enferma, del tiempo de la enfermedad. El tiempo de la enfermedad es determinista e inexorable, pero el tiempo de la persona sigue siendo suyo, en su profundidad e intensidad, y más allá de la objetiva duración cronológica.

El científico, escritor y presentador televisivo Eduardo Punset afirma que ha aprendido lo absurdo que es tener prisa. “Eso me lo han enseñado los fósiles y pocas cosas han contribuido tanto en mí a darme cuenta de la perspectiva geológica del tiempo. ¡Nuestra historia es tan sólo un segundo del inmenso periodo de tiempo cósmico! Cuando acaricias un fósil eres consciente de que la felicidad es efímera, finita. De que depende de la intensidad con la que disfrutes de las cosas. *Para mí sería un disgusto enorme descubrir que hay otra vida*, como dicen muchos, porque eso haría que pasáramos por esta de puntillas”. En la regla que san Benito escribió a sus monjes hay un sencillo consejo pletórico de sentido común y de sabiduría práctica: “Hacer las paces antes de la puesta de sol”.

El tiempo puede ser contemplado desde diversas perspectivas: el punto de vista del presente, el punto de vista del pasado y el punto de vista del futuro tal como lo revivimos en el presente, ya sea placentero o doloroso, o ambivalente.

Resulta evidente que no es tarea fácil reconocer y aceptar que el tiempo, *lentamente*, nos conduce a todos hacia la vejez y la muerte. San Agustín, hace 1.600 años, se preocupó por el concepto de tiempo: se preguntaba qué hacía Dios antes de crear el universo. En sus Confesiones afirma que Dios creó el tiempo y el universo a la vez, y que antes de crearlo, el tiempo no existía. Más tarde concluyó que no tenía sentido plantearse qué hacía Dios antes de crear el universo.

El autor de la teoría del multiverso (nuestro universo es una parte ínfima del multiverso, en eterno proceso de expansión explosiva acelerada...), defensor de la creación cuántica, Alexander Vilenkin, afirma que lo que manifestaba san Agustín es exactamente lo que piensa la cosmología moderna.

La conciencia de la muerte *nos da tiempo*. Si tenemos tiempo es porque somos y nos sabemos mortales, y es porque tenemos tiempo por lo que podemos preguntarnos por el tiempo que nos queda. ¿Hemos pensado en alguna ocasión que, sin la muerte, no habría tiempo ni cambio?

## ¿Qué significa tiempo “libre”? ¿existe el tiempo objetivo?

Resulta interesante saber que ya en el siglo XIX, “la gente oponía resistencia al apremio de acelerar [...]. Los sindicatos exigían más tiempo libre. Los ciudadanos estresados buscaban refugio y restablecimiento en el campo. Pintores, poetas, escritores y artesanos buscaban modos de preservar la estética de la lentitud en la era de las máquinas. Hoy, sin embargo, la reacción contra la velocidad está pasando a la opinión pública con más premura de lo que jamás lo hiciera. [...] Y en sus numerosos y diversos actos de desaceleración se encuentran las semillas de un movimiento global en pro de la lentitud, que en el mundo anglosajón se conoce ya como movimiento Slow (movimiento lento)” (Honoré, 2005: 21).

Algunos psicólogos sostienen que podemos saber más sobre una persona a través de sus actividades de ocio que por su quehacer profesional. ¿A qué dedica su tiempo libre? Las respuestas son múltiples: a practicar deporte, a leer, a pasear, a escuchar música, a cocinar, a practicar el voluntariado... o a un “combinado” que también puede incluir el *no hacer nada*. Resulta, como mínimo sorprendente, que en muchos ratos libres no estemos “allí” sino en otro lugar con pensamientos y preocupaciones que nos acosan sin querer. Además, no es raro darse cuenta de que (en el llamado tiempo “libre”) no hay nada para hacer de lo que realmente deseamos hacer. ¿Será que tenemos miedo a la propia libertad? ¿O bien somos dependientes de una sociedad que nos impone sutilmente su criterio?

¿Manejamos libremente nuestro tiempo “libre”?

Cambiando un poco el registro, también es preciso reconocer que poco tiene que ver la idea de la muerte del viejo (tiempo “largo”) con la del joven (tiempo “corto”), con la del sano (tiempo “bueno”) con la del enfermo (tiempo “deficiente”).

Resulta muy interesante conocer y valorar de qué manera el periodista y científico Manuel Castells vislumbra algunas cuestiones “claves” sobre el tiempo:

La inmortalidad del espíritu a través de la obra (escribir un libro), la sucesión de generaciones (tener un hijo), la conservación del planeta (plantar un árbol), o sea, las tradicionales recetas populares para perpetuarse más allá de nuestra existencia como individuos pierden sentido en esa carrera contra el tiempo para seguir viviendo. La paradoja de nuestro tiempo: cuando tenemos la esperanza de vida más alta de la historia (unos ochenta años, aunque los promedios no cuentan para usted o para mí) es cuando nos sentimos más vulnerables, tanto que no podemos mirar de frente a los glaucos ojos de lo que nos espera.<sup>5</sup>

El tiempo personal/vivido no es objetivo, y la relación de las personas con él es muy distinta según su procedencia y circunstancias. Es evidente que en nuestras sociedades occidentales vivimos un modelo de tiempo orientado hacia el futuro. Se acostumbra a decir que el tiempo es oro y también un gran maestro.

[...] el ciudadano del mundo industrializado y urbano de nuestros días tiene que enfrentarse a la vida sin un sentido de significado cósmico basado en la religión y separado de su articulación con el mundo natural y con la cadena elemental de la vida. Tenemos tiempo, demasiado tiempo, para plantearnos preguntas perturbadoras. Mientras avanzamos hacia la semana de cuatro días y, después, de tres días, tenemos que prepararnos para sufrir crisis, cada vez más frecuentes de significado. El tiempo “libre” resulta problemático porque nos impone la libertad. (Yalom, 1984)

Al tiempo vacío a veces lo llamamos “tiempo muerto”. Como si no hacer nada fuese morir un poco. Quizá por eso muchas personas creen que el tiempo muy ocupado es un tiempo muy vivo, con el riesgo añadido que supone el control obsesivo del tiempo como un importante factor de estrés. Lo que no es tan evidente, quizá, es que perder el tiempo supone perder un poco de vida, perder el tiempo es lo contrario de “aprovechar” la vida. Perder el tiempo equivale, con frecuencia, a perder dinero, el otro dueño de la vida de muchas personas. Nuestro tiempo también vale dinero, aunque lo más importante es que el tiempo equivale a vida, y si alguien nos lo roba nos está privando de porciones del propio calendario.

La sabiduría estoica enseña que es absurdo estar pendiente del pasado y temiendo al futuro: la serenidad es eso, y es la mejor forma de felicidad.

Viktor Frankl también nos recuerda la importancia de no dejar pendiente, para más tarde (un “más tarde” con nula garantía de existencia), aquello que de veras queremos ser o hacer: “Cuando pensamos en el sentido de la vida, en lo que hemos hecho con ella, surge con frecuencia un miedo negativo producido no por hechos o acciones puntuales, sino por las oportunidades y ocasiones que le hemos dejado escapar”.

Este dato sí es objetivo: *El Universo tiene trece mil millones de años; el Gran Cañón, dos mil millones, y el ser humano únicamente ha estado en la Tierra durante cien mil años.* (¡Y a veces aún tenemos la pretensión de imaginar que sin nosotros el tiempo se detendrá y nada podrá ser igual!)

Y otro dato objetivo proporcionado por el investigador del envejecimiento Thomas Kirkwood es que “cada día nuestra esperanza de vida aumenta cinco horas”, lo cual significa que demográficamente nuestras jornadas tienen veintinueve horas.

Sabemos bien que existe un abismo entre morir a los 30 años (esperanza de vida en algunos países del Tercer Mundo) o a los 80 (esperanza de vida en países industrializados, léase Primer Mundo). Lo que no sabemos es el abismo que hay

entre morir y no morir, solamente conocemos la primera posibilidad. El periodista y escritor Arcadi Espasa señala que sería un escándalo monumental la posibilidad de que unos hombres muriesen y otros no, como si a unos les afectara el paso del tiempo y a otros no. Y también afirma que la muerte es, en cualquier caso, la destrucción de la memoria, como vemos en los enfermos de alzhéimer... pero, si hay muerte en vida también puede haber vida en la muerte... ¿o no?

## Medir el paso del tiempo, ¿necesidad humana?

*La muerte no ha ocurrido todavía:  
es un acontecimiento que tendrá lugar en el futuro.*

Irvin D. Yalom

Parece ser que los seres humanos hemos querido controlar el tiempo desde los inicios de la especie. El periodista Iván Jiménez expuso en un documentado artículo publicado en *La Vanguardia-Es* (24/11/2006) que el camino hasta los relojes actuales ha pasado por diversas fases, desde monolitos de piedra hasta los modelos más modernos, pasando por péndulos o dispositivos de arena. El hombre ha medido el tiempo desde la prehistoria. Para ello ha sido indispensable una de las condiciones inherentes a la raza humana que le ha hecho avanzar, la curiosidad. Por eso, es indisociable la observación del cielo y de los astros con el nacimiento de la medida del tiempo.

Los humanos de la prehistoria comenzaron por levantar columnas de piedra para que un astro, el sol o una estrella, coincidiera con su alineación en fechas importantes. Una de las primeras civilizaciones avanzadas que pisaron la tierra, los egipcios, evolucionaron este sistema para controlar el tiempo. En la tierra de los faraones se utilizaron grandes obeliscos cuya sombra se desplazaba con el transcurso de las horas del día entre la salida del sol y su puesta; los relojes de sol, sin embargo, no llegaron a perfeccionarse hasta el siglo XV. Griegos y romanos adaptaron este sistema de medición temporal, así como el reloj de sol. Pero en el siglo III de nuestra era, cuando ya se dominaban las técnicas de fabricación de vidrio, aparecieron los relojes de arena, en los que era indispensable mantener el contenido seco para que fluyera normalmente entre las dos partes. El emperador Carlomagno mandó construir uno de los artilugios más grandes de los que se tiene constancia al que sólo hacía falta darle la vuelta cada doce horas.

El siguiente paso en la medición del tiempo serían los dispositivos mecánicos. La primera referencia que se tiene de un sistema de este tipo es en el siglo VIII, cuando el papa Paulo I obsequió al rey franco Pepino el Breve con un reloj de pesas; este sistema no se perfeccionaría hasta el descubrimiento de la ley del péndulo por Galileo Galilei ya en el siglo XVII. Resulta curioso saber, “hace ya algún tiempo”, que en el siglo XIV la estimación del tiempo tenía un error de un cuarto a media hora diaria. Pero lo novedoso es que ello no revestía de especial importancia porque nadie vivía de acuerdo a la hora, y pocos sabían qué era un reloj. Sin embargo, fue en esa época cuando se dividió la hora en minutos.

Diversas representaciones nos muestran a la muerte llevando en su mano un

reloj de arena. El del sol, sin embargo, celebra la vida. Los hombres, de pie, cuando luce el sol, medimos el tiempo sin saberlo; somos relojes errantes. Junto a los relojes de sol figuran a menudo leyendas que ensombrecen el ánimo: “Todas hieren, la última mata”, referido a las horas, fue una de esas sentencias que, descubierta junto a un reloj de sol de una iglesia vascongada, impresionó al joven Baroja, quien a menudo habló de ella. “Entre éstas, teme una”, “Como una hora, así son nuestros días sobre la tierra”, “Es más tarde de lo que piensas”, “Aprovecha el día y piensa poco en el mañana”...

A principios del siglo pasado, el reloj de pulsera (o muñeca) se impuso rápidamente por su comodidad y desplazó a los relojes de bolsillo al terreno del coleccionismo o el sibaritismo. El reloj de muñeca ha estado en continua evolución y prácticamente todo el mundo lo lleva. La medición del tiempo tiene una función claramente práctica, aunque algunas personas no llevan ningún tipo de reloj y poseen la rara habilidad de saber medir el tiempo. En estos casos, reales, pero poco frecuentes, se podría decir que el tiempo objetivo y el tiempo subjetivo coinciden.

En un ámbito más reflexivo, ofrecemos al lector estas espléndidas líneas del escritor John Berger (2008: 129):

Es un lugar común decir que el tiempo empieza a pasar más rápido conforme envejecemos. Es una de esas observaciones que se suelen hacer con nostalgia. Pero casi nunca tenemos en cuenta el efecto contrario del mismo proceso: cómo afecta a los jóvenes y muy jóvenes que el tiempo sea más largo para ellos. Los propios jóvenes pueden decir muy poco al respecto porque sólo tienen una pauta para juzgarlo cuando se hacen conscientes del tiempo, y para entonces es ya muy tarde para contar con unas pruebas directas. Si supiéramos cuán largo puede ser para un niño un día o cuán larga una noche, podríamos saber mucho más sobre la infancia [...] En términos subjetivos, podría suceder que una infancia fuera al menos tan larga como el resto de la vida. El fenómeno de los ancianos que, una vez que sus preocupaciones y actividades cotidianas han quedado reducidas al mínimo, no hacen sino recordar su infancia, cada vez más y con mayor claridad, podría ser una confirmación de ello: subjetivamente, su infancia tal vez constituya la mayor parte de su vida.

Es muy posible –parafraseando a la que fuera dirigente israelí, Golda Meir– que nos seduzca encontrar la manera de poder gobernar al reloj y no dejarnos gobernar por él. ¿Lo vemos factible?

## Sobre la muerte de Iván Ilich<sup>6</sup>

En la obra *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi, se constata cómo a lo largo de la vida del protagonista las cosas marchan razonablemente bien, pero la trayectoria cambia de paradigma cuando surgen los problemas de salud. Es entonces cuando surge la amargura, la desesperanza, la tristeza, el resentimiento... e incluso la envidia por la salud que otros tienen y él ha perdido. Como muchos otros enfermos, se siente solo e incomprendido, tiene conciencia de ser un estorbo. En esta ausencia de compañía y consuelo, Guerassim, su joven criado, que no conoce las hipocresías sociales, cuida de él y a la vez favorece la mirada retrospectiva que Iván hace de su vida: la carrera, la vida en familia, los amigos... todo falso, una mentira vulgar sin sentido ni sentimientos sinceros de compasión.

La frivolidad no consiste en negar la muerte sino en no querer ver en la vida la fuente de oportunidades y posibilidades de bien y de sentido que ofrece. Iván Ilich *ha perdido el tiempo*, y la muerte no le hace recuperar la mentira de su vida, *ha llegado tarde*. El entorno de Iván es un entorno deslumbrado por una “falsa” vida, una vida que esquivo el dolor, el sufrimiento y la muerte, y que se resiste incluso a la compasión ante el dolor, el sufrimiento y la muerte de alguien, por cercano y “querido” que sea. Pensar la vida en todas sus dimensiones incluye contemplar también los *tiempos* de dolor, de sufrimiento y de muerte. Es preciso prepararse para vivir, para saber vivir, y aprender a morir. Y eso significa aceptar que el tejido de la vida es frágil, que comportará alegrías y penas, gozo y dolor, vida y, al final de la carrera, la muerte.

Impacta saber que el propio Tolstoi (1929: 12), a los cincuenta años, estuvo cerca del suicidio:

La cuestión que, a los cincuenta años, me llevó tan cerca del suicidio era la más simple de todas y la que está en el alma de cada hombre, desde el niño más pequeño hasta el más grande de los sabios: “¿Cuál será el resultado de lo que estoy haciendo ahora y de lo que haré mañana? ¿Cuál será el resultado de toda mi vida?”. En otras palabras: “¿Por qué vivir? ¿Por qué desear algo? ¿Por qué hacer algo?”. Aún más sencillo: “¿Hay algún significado en mi vida que no destruya la muerte que me está esperando?”.

## Una bella metáfora y un apunte sereno

A nuestro entender, resulta muy bella la metáfora de las burbujas de jabón para referirse a la fragilidad humana. Pep Bou es hacedor de pompas de jabón y ha representado en diversas ocasiones lo que las burbujas le han enseñado: “que somos efímeros, que estamos de paso, y que vivir agarrándose a lo material es absurdo... en la vida hay muchas cosas superfluas que no te ayudan a vivir sino todo lo contrario, te atan...”.

Pep también compara nuestro proceso vital con el de una burbuja: “cuando ésta nace no tiene ni color, pero a medida que se adelgaza van llegando los azules, los violetas, los amarillos, los ocre, luego vuelve a ser transparente y finalmente explota [...] Los seres humanos también cumplimos un ciclo y sería espléndido que a lo largo de la vida nos salieran todos esos colores lo más brillantes y bellos posibles. Al final, como todo, nos vamos, nos dispersamos como la gota de agua, nos transformamos”. Vida y muerte pasan por las manos y los pulmones de este peculiar y espléndido artista, como si lo más efímero quisiera hacerse un hueco en la eternidad.

Osamos preguntar ¿por qué habiendo tantas personas conscientes de que la muerte es segura y que no hay manera de escaparse de ella, piensan, simultáneamente, que, habiendo tanta gente “mortal”, sería mucha casualidad que ahora les tocara a ellas? La escondida y errónea certeza de que el “ahora” nunca ha de llegar para uno mismo, y que siempre es el “después” el gran protagonista, representa su falso papel de forma espléndida en la inconsciencia (¿o consciencia?) de muchos seres humanos.

El apunte sereno queda plasmado en la profundidad de este texto periodístico:

[...] es extraña la soledad de un cementerio. Uno vaga entre las tumbas y los cipreses supuestamente solo, pero no está completamente solo. Incluso para el más materialista de los paseantes, los muertos viven, en cierta manera. Duermen, descansan... hoy, en pleno dominio del pensamiento utilitarista y pragmático, cuando alguien muy deprimido o desesperanzado desea acabar con todo, más que verbalizar el deseo de morir, verbaliza el deseo del reposo.

Cuando uno pasea entre los muertos, pasea entre durmientes.

Los metales herrumbrosos de las viejas tumbas, las borrosas inscripciones funerarias, los viejos cipreses ensimismados, las trasnochadas esculturas, las polvorientas flores de plástico, los símbolos religiosos tan averiados... todo incita a plantearse las viejas preguntas que fueron silenciadas por las risas del televisor o sepultadas bajo la formidable colección de objetos que acumulamos en casa... *uno percibe la fuerza del tiempo*, simplemente. Y, en contraste con el alegre bullicio exterior, comprende el paseante, con Horacio, que *el tiempo no solamente acabará oxidando todo lo que ahora brilla*. Sino que expondrá a la luz todo lo que se oculta detrás del escenario dorado.<sup>7</sup>

Quizá nosotros deseáramos vivir más aceleradamente de lo que lo hacemos: la sensación de *falta de tiempo* es omnipresente, con el miedo a perdernos algo interesante e imperdonable por no haberlo “vivido” como muchos de nuestros colegas. Según el filósofo Daniel Innerarity (2009: 45), “vivimos en una época fascinada por la velocidad [...] esta experiencia de la aceleración es lo que llevaba a Hamlet a lamentar que ‘el tiempo está descoyuntado’. No es que estemos en un tiempo crítico, sino que el tiempo mismo está en crisis”. Para no perder tiempo, tenemos el impagable testimonio de aquel personaje de una película de Woody Allen que afirma: “Me voy a suicidar. Sí, eso, voy a volar a París y me tiraré desde la torre Eiffel. Después estaré muerto. Pero si vuelo en el Concorde podré estar muerto tres horas antes... con la diferencia horaria podría estar vivo seis horas más en Nueva York y tres horas después muerto en París. Podría arreglar algún asunto y al mismo tiempo estar ya muerto”.

¡Eso sí que es aprovechar el tiempo al máximo! La pregunta ¿esta actitud desacelera la llegada del morir en nuestra existencia? sigue siendo (si la tiene) una respuesta personal e intransferible.

## ¿Cuánto tiempo me queda? ¿y qué haré con él?

*El tiempo es una riqueza de cambio,  
pero el reloj, en su parodia,  
la vuelve mero cambio, y no riqueza.*  
R. Tagore

¿Cuánto tiempo me queda? ¿Y qué haré con él? Estas son cuestiones verdaderamente relevantes que nos plantean la conciencia de la muerte y la finitud de todo cuanto existe. No sería sano que el pensamiento del morir nos acompañara de forma obsesiva en todo momento, pero reflexionar sobre la muerte de vez en cuando nos reafirma en el cuidado del espíritu, en la seriedad y en la autenticidad de nuestro caminar por la vida.

Después de que su enfermedad ha recibido un nombre, lo primero que suelen preguntar los pacientes es ¿cuánto tiempo tardaré en...?, ¿cuánto tiempo tendré antes de...? ¿cuánto tiempo me queda para...? El médico casi siempre responde que no lo sabe con certeza. Los dos, médico y paciente, saben que la respuesta exacta no es más que una *desdichada* ilusión.

En la imaginación humana, la muerte y el paso del tiempo están indisolublemente unidos: cada momento que pasa nos acerca a la muerte; y nuestra muerte se mide, si es que es posible medirla, en relación con esa aparente eternidad de la existencia que ha de continuar después de nosotros, sin nosotros.

Las coordenadas objetivas de espacio y tiempo, necesarias para fijar una presencia, son relativamente estables. Pero la experiencia subjetiva del tiempo tiende a estar tan distorsionada –sobre todo por el sufrimiento– que resulta extremadamente difícil, tanto para el que sufre como para cualquier persona que se identifique con él, establecer una correlación con el tiempo verdadero.

Hemos de recordar, aunque sea brevemente, que el tiempo-vivido (que el filósofo Henri Bergson denominó *duración personal*) es distinto en cada persona, mientras que el tiempo-medida, que nos impone nuestra sociedad, se concibe como una especie de propiedad que puede ser utilizada (por ejemplo, para *disfrute personal*), aprovechada (por ejemplo, *para relacionarme con personas queridas*), invertida (por ejemplo, *en un trabajo remunerado*) o perdida (por ejemplo, *en un aburrimiento mortal*). La *duración* de Bergson, que acabamos de mencionar, equivale al tiempo biográfico, personal e irreversible, y éste no es susceptible de medida.

La periodista y escritora Imma Monsó escribió en uno de sus artículos estas certeras palabras: “Hay algo nuevo en nuestros modos de perder el tiempo:

antes, esfuerzo laborioso y pérdida de tiempo eran conceptos antagónicos. Ahora, no: nunca antes los hombres habíamos dedicado tantas horas de esfuerzo a tan grandes chorradas”.

¿Puede ser que lo que vivimos no sea el tiempo, sino la manera como ocupamos el tiempo que pasa? ¿O que el tiempo sea la vida misma?

## Poema 'El cuento de nunca acabar' (Jorge Guillén, 1893-1984)

EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

Una vida no cabe en la memoria...

Miro atrás. ¡El olvido me ha borrado  
Tanto de lo que fui!  
La memoria me oculta sus tesoros.  
¿Cómo decir adiós,  
Final adiós al mundo?  
Y nadie se despide de sí mismo,  
A no ser en teatro de suicida.  
Estar muerto no es nada.  
Morir es sólo triste.  
Me dolerá dejaros a vosotros,  
Los que aquí seguiréis,  
Y no participar de vuestra vida.  
El cuento no se acaba.  
Sólo se acaba quien os cuenta el cuento.  
¿Habrá un deber y haber  
Que resuma el valor de la existencia,  
Es posible un numérico balance?  
Ser, vivir, absolutos,  
Sacros entre dos nadas, dos vacíos.  
El ser es el valor. Yo voy valiendo,  
Yo vivo. ¡Todavía!  
Tierra bajo mis plantas,  
El mar y el cielo con nosotros, juntos.

## ***Pedagogía de la vida y de la muerte***

*Ante la represión sexual surgen voces airadas contra sus nefastas consecuencias, y ante la represión de la muerte el silencio es atronador.*

## Educación para la vida es educación para la muerte

[...] ¿Qué les pasa a los pedagogos, tan científicos y tan racionales hoy en día, que no se enteran en sus estudios que cada sujeto humano acaba siempre muriéndose y que consiste, precisamente, en ser “*moriturus*” y no sólo “*mortalis*”?

[...] La muerte está aquí: en este accidente, en aquel hospital, en la habitación de casa, en la prisión, en el frente de guerra, en la acción guerrillera o al final de la manía de un terrorista. Una pedagogía seria, realista, científica, no puede esquivarla: al contrario, la incorporará en su “*corpus*”, tanto teórico como didáctico [...] no podemos dejar “muerto” el asunto pedagógico de la muerte.

La escuela no ha de apartar la mirada de la realidad escapándose en ilusiones por atractivas que éstas se presenten [...] NO; los pedagogos respetables no pueden prescindir de la hora suprema, del deceso, en sus trabajos. Tampoco pueden ignorar la muerte los educadores que deciden no hacer trampa.

Octavi Fullat

Consideramos muy importante desarrollar una pedagogía del sufrimiento y de la muerte porque no existe ninguna especie animal, excepto la humana, que sepa que tiene que sufrir y morir. Hombres y animales somos *mortalis*, pero tan sólo el ser humano *moriturus* (sabe que ha de morir) y salta a la vista que muchos “colegas” nuestros no pueden soportar la certeza de la propia finitud.

Nuestra sociedad (¡primer mundo!) valora el éxito personal, entendiendo por él –como mínimo– una buena promoción profesional, un deseable poder adquisitivo y un aspecto físico que transmita una imagen de belleza y salud. Se nos exige, desde fuera, ir a más: ganar más dinero, tener más cosas, ser más parecido físicamente a los modelos estéticos de moda. *Representa* que el que tiene todos estos parámetros incorporados a su existencia, es feliz. Y a quienes no disponen de alguna de estas características, les es “imposible” alcanzar un nivel más o menos óptimo de bienestar y de dicha. A lo largo de la existencia, hay momentos en los que toca perder: conviene estar preparados para esta realidad inevitable. Es obvio que quien nada tiene, nada puede perder.

Por todo ello, reiteramos que es muy valioso, y ya desde la infancia, meditar sobre la pérdida, el sufrimiento y la muerte. Ello implica pensar en la manera que nos planteamos la vida. *Una pedagogía de la muerte y del sufrimiento es, en definitiva, una pedagogía de la vida. No es posible hacer una pedagogía de la vida sin educar para la muerte y para el sufrimiento.* La pregunta por la existencia y la muerte son inseparables. Unamuno decía: “Cuanto más se piensa en la muerte más calma serena se gana para la vida”. Lo que importa de veras es educar para la vida, pero ello es inseparable de la presencia de la muerte.

A la vez, es necesaria una reeducación de los adultos, y una educación infantil y juvenil realista y auténtica respecto al sufrimiento, la propia muerte y la de las

personas que amamos. La temática sobre el sufrimiento y la muerte es la gran ausente en los currículos escolares. Nuestra sociedad occidental debe “desfrivolizar” la muerte y reconciliarse con ella, ya que sufrir y morir es propio de todo ser humano. Si la muerte es la única certeza que un día u otro nos “atrapará” y en la cual somos del todo insustituibles, ¿por qué no prepararnos con tiempo? sin angustia, sin pánico... ¡con realismo! No es justo que la educación escamotee los temas y las vivencias dolorosas a los niños y a los jóvenes, y los proteja en un envoltorio de algodón que de bien poco les servirá cuando se encuentren frente al primer contratiempo o pérdida significativa. Y lo que es más grave: *no se deja participar a los niños de la muerte ni del duelo*. Pensamos que esto puede ser “traumático” para el niño, cuando lo realmente grave es la barrera que ponemos entre el nieto y el abuelo difunto, por ejemplo. Preguntémosnos ¿qué sucede cuando debemos enfrentarnos a la muerte, la nuestra y la de nuestros seres queridos?

En paralelo a las vivencias del éxito debemos aceptar las del fracaso, la pérdida, el sufrimiento. No es fácil entender y hacer entender que la auténtica felicidad se fundamenta en el goce y en el dolor, y tendemos en exceso a esconder el rostro del sufrimiento. La pedagogía que contemple estos parámetros potenciará el ilusionado redescubrimiento de los valores que generan estas duras situaciones: *la serenidad, la paciencia, el silencio, la comprensión, la ternura, la compasión*. Es básico ofrecer criterios a nuestros niños para que sepan distinguir lo *urgente* de lo *importante*, como dice Mafalda en una de sus célebres y acertadas frases.

Una de las actitudes más naturales y necesarias en el ser humano es la de proteger a los más pequeños de la especie. La protección es necesaria para preservar a los niños de cuestiones que puedan entorpecer su desarrollo y la afirmación de su propia identidad. Pero, en ocasiones, confundimos *proteger* con *impedir* que el niño se enfrente a acontecimientos difíciles como pueden ser las pérdidas que le provocarán tristeza y dolor: separación de sus padres, muerte de una persona muy querida, enfermedad de un hermano... ¿Por qué los adultos intentamos esconder o disfrazar estas realidades? ¿Y por qué no sabemos negarles nada? En gran parte, el éxito de Halloween<sup>8</sup> se explica porque va dirigido al niño, para el que casi nunca se le tiene preparado un oportuno “No”. Y el consumo ha encontrado ahí un excelente filón de mercado potencial con un usuario extraordinario, ¡el niño!

La muerte higiénica –en la clásica expresión de Norberto Elias– es un fenómeno específicamente urbano, y occidental. Los niños y las niñas de nuestra sociedad viven en un mundo en el cual la muerte y el dolor son más sucesos virtuales que fenómenos reales. Contemplamos la muerte a diario, a través de la pequeña pantalla: esta exhibición cotidiana de la muerte no comporta, sin

embargo, una interiorización de la muerte como experiencia real, sino más bien al contrario. La muerte acaba formando parte de la ficción, pero no queda integrada en el mundo real. Desde esta mirada, la muerte es una realidad que tan sólo afecta a los otros, pero no a mí ni a aquellos que más me importan porque les amo.

La *negación* ante la muerte supone vivir como si no tuviésemos que morir nunca, sin pensar en ella, incluso sin mencionarla, no se diera el caso de que viniese demasiado pronto (de hecho, siempre es demasiado pronto). Reconocemos esta ocultación de la muerte como un fenómeno occidental y contemporáneo, ya que en otros ámbitos culturales tanto del Sur como de Oriente, los niños y las niñas no viven de espaldas a la muerte, porque en aquellos lugares *ella* es un hecho social que forma parte de la cotidianidad. Los adultos hemos de reconocer que con frecuencia escondemos la vertiente oscura de la pérdida y la muerte a los niños y jóvenes, como si actuando de esta manera les pudiésemos evitar el dolor, cuando sabemos que ellos también lo viven y sería más humano compartirlo que esconderlo. Ocultar que la vida tiene su ración de sufrimiento equivale a dejar a los niños desamparados y solos ante hechos dolorosos ineludibles, y, al hacerlo, les privamos de conocer la dimensión más esencial de la existencia. Esta “prohibición/tabú” –tan poco pedagógica– se da tanto en el espacio familiar como en el ámbito escolar. Por esta razón, cuando la muerte está cerca, nos sentimos impotentes y no sabemos ni qué hacer ni qué decir. Como afirma el filósofo Francesc Torralba, *se han de presentar las luces y las sombras del mundo en que vivimos*, y ofrecer instrumentos para que tanto niños como adolescentes y jóvenes no se sientan indefensos ante sucesos difíciles de afrontar.

Si, como ya hemos apuntado, la muerte es un tabú social y su presencia *omnipresente*, en una sociedad carente de esperanza y de respuestas (al sernos imposible excluirla de nuestras vidas, los humanos hemos decidido que es indigna de nosotros, oculta, proscrita y prohibida, nos parece menos temible y más lejana), proponemos una rehabilitación pedagógica de su presencia, con el objetivo de *vivir* una vida *auténtica* y con *sentido*.

## **Objetivos de una pedagogía de la muerte en la escuela**

¿Qué podemos esperar que se consiga con la educación sobre la muerte? Los objetivos son diferentes, según la edad y las necesidades de los niños y adolescentes, pero algunos son importantes para todos. De modo general, los educadores podemos considerar, entre otros muchos posibles, los que sugerimos a continuación:

1. Reflexionar sobre la muerte desde una sociedad del bienestar.
2. Hacer patente que el hecho de pensar en la muerte nos ayuda a vivir más libremente y con más sentido el tiempo de nuestra finitud.
3. Explicar a los niños y adolescentes que la muerte es el fin natural de la vida.
4. Informarnos sobre la psicología del niño y del adolescente ante la muerte, y de las características más significativas del proceso de pérdida.
5. “Prevenir” la muerte desde el contexto educativo, desarrollando una pedagogía de la muerte en la escuela, a través de las asignaturas, de las sesiones de tutoría o de algún hecho que muestre la conveniencia de hablar sobre el tema.
6. Proporcionar a los educadores pautas, orientaciones prácticas y propuestas didácticas que ayuden a vivir las situaciones de pérdida como ocasiones de madurez y crecimiento.
7. Invitar a los educadores a sugerir y crear instrumentos y recursos que faciliten la comunicación y el intercambio de vivencias en torno a la muerte y el morir.
8. Ayudar a los niños a crecer con el mínimo posible de angustia en relación con la muerte. Si no se puede eliminar del todo esta angustia, “reconvertirla” a fin de que no se convierta en motivo de desesperación.

## Psicología evolutiva del concepto de muerte en los niños

Para poder ayudar y acompañar a los niños y niñas en la aplicación de la pedagogía de la muerte, es esencial conocer la evolución psicológica de su idea de la muerte. En todos los modelos de psicología evolutiva se da una secuencia que consta de tres fases:

- Desconocimiento absoluto de la muerte
- Descubrimiento real de la muerte del otro
- Conocimiento de la propia muerte

La psicología tiene dificultades en afirmar cuál es el modelo más correcto entre los conocidos, pero sí que observa en todos ellos la secuencia anterior. El esquema que exponemos a continuación no es ni el único ni el más acertado. Como otros, presenta el inconveniente de marcar edades de manera estática:<sup>9</sup>

<b>1a etapa:</b>	<b>2a etapa:</b>	<b>3a etapa:</b>
antes de los 5 años	entre los 5-9 años	después de los 9 años
El niño entiende la muerte como un hecho reversible que se relaciona con un viaje o con un sueño. No hay, pues, conciencia de la gravedad de la finitud.	La muerte se personifica. El niño ha oído decir que “X ha muerto” y no lo ha vuelto a ver nunca más. Entonces descubre que la muerte es un proceso irreversible, pero todavía tiene dudas sobre su naturaleza orgánica.	La muerte es captada ya como un proceso totalmente irreversible, que responde a una ley universal, y a la que todo el mundo está obligado. Aparece el reconocimiento de “la obligatoriedad” de la muerte.

Si concretamos en edades, de cero a tres años, la palabra “muerte” no les dice nada. Parece que antes de los tres años no existe idea alguna sobre la muerte, aunque pueda surgir el temor a la separación y al abandono. La muerte, en esta etapa, también es inmovilidad, actitud que con frecuencia intentan representar en sus juegos, como tratando de indagar qué es “eso”.

A los cuatro o cinco años la muerte todavía no se ve como un acontecimiento irreparable y definitivo. Están convencidos de que los muertos acabarán levantándose y seguirán viviendo tan contentos. En este período la muerte se asocia sobre todo con la vejez y la enfermedad, y en algunos casos también con las guerras y los sucesos violentos. Las vinculaciones más frecuentes son la

inmovilidad, la oscuridad, el sueño nocturno, la ausencia de signos de vida como respirar, comer, tener frío... pero contempladas siempre como situaciones pasajeras. Cuando el niño vive a esta edad la muerte de una persona querida, muchos temores se hacen presentes. Pueden tener miedo al ir a dormir, miedo a la oscuridad y a quedarse solos.

A partir de los seis años, en educación primaria, los niños intuyen –y pueden entender– la muerte como un acontecimiento definitivo que sucede a los demás, pero no a ellos mismos. La razón empieza a distinguir y admitir las relaciones abstractas, hecho que provoca la aparición de nuevos temores, al ir descubriendo que la propia vida tiene un tiempo limitado y que no durará eternamente. Es una época de mucha curiosidad, sobre todo en relación con los aspectos emocionales que genera la “figura” de la muerte y el hecho de morir. A partir de los diez años la muerte se ve como algo inevitable para todos y la asocian sin dudas al cese de cualquier actividad física (Heike Baum, 2003).

En la adolescencia, los chicos y las chicas entienden el ciclo de la vida y conocen la obligatoriedad de la muerte como hecho (*y el morir como proceso*) universal e irreversible. Se preguntan por el sentido de la vida y, si han vivido una muerte cercana, temen por los que han sobrevivido a ella. También es cierto que los adolescentes sanos ven la muerte como muy lejana, y tienden a asociarla a la vejez o bien a hechos traumáticos como accidentes o violencia, en todas sus facetas: guerras, terrorismo, violencia de género...

Los adultos debemos tener sumo cuidado con las palabras que utilizamos para referirnos a la muerte. Si la abuela ha muerto, no “duerme”. Para los adultos el sueño tiene una connotación de consuelo que nos evoca una despedida tranquila y serena; pero para el niño puede significar que es mejor no dormirse: *¿Y si después no me despierto nunca más?*

Resumiendo, podemos afirmar que el niño en *edad preescolar* no comprende todavía la muerte como el adiós definitivo a la vida. En esa etapa no se da aún la oportunidad de asimilar emocional y racionalmente los tres criterios delimitadores habituales (Poch y Herrero, 2003).

- |   |
|---|
| <ul style="list-style-type: none"><li>• La muerte afecta a todos los seres humanos (“¿todos los seres vivos se mueren?”): universalidad</li><li>• La muerte es inevitable (“¿por qué morimos?”): causalidad</li><li>• La muerte es definitiva (“¿la muerte es un final?”): continuación no corpórea</li></ul> |
|---|

## ¿Cómo hablar de la muerte en el aula?

Es frecuente constatar que en la escuela casi nunca se habla de la muerte ni del sufrimiento ni de la enfermedad. A última hora tenemos que improvisar, salir lo más airosos posible cuando surge la pregunta, la duda, la tristeza...; nos cuesta reconocer y creer “de verdad” que la muerte es un hecho inseparable del hecho de ser viviente. Este aprendizaje no se hace de un día para otro, es necesario prepararse.

La mejor manera de ayudar a los niños no es negando la evidencia (puede darse el caso de que sea el propio niño quien la niegue), sino facilitando una explicación/respuesta que intente tranquilizar. De este modo se podrá reconducir la ansiedad antes que se convierta en miedo o en fobia. Es necesario que los adultos no manifiesten ante el niño su estrés. Con los más pequeños resulta muy útil, más que la palabra, facilitar la proyección de lo ocurrido por medio del dibujo o del juego, para que a través de ellos expresen sus sentimientos. Todo ello facilitará su adaptación a la normalidad, teniendo en cuenta que conviene dejar un tiempo de asimilación para comprobar que el acontecimiento no haya producido ningún tipo de consecuencia emocional en el niño.

A los adultos nos preocupa extraordinariamente la seguridad de nuestros niños y jóvenes, pero cada vez somos más conscientes de que no debemos sobreprotegerlos, a riesgo de hacerlos personas dependientes, y con nula conciencia de su vulnerabilidad. Si la seguridad está volando cada día en mil pedazos, y lo seguirá haciendo, quizás haga falta un aprendizaje de lo único seguro: el morir. El niño tiene que aprender que no es inmortal, que la vida es limitada (la suya también) y que sólo tenemos un tiempo, *nuestro tiempo*, no “todo” el tiempo.

Pensamos que no estorba repetir de nuevo que la muerte y el morir representan un reto –y también un tabú– para muchos padres y educadores. A pesar de ello, reconocemos que tanto en la familia como en la escuela se empieza a apuntar tímidamente hacia la necesidad de una *educación para la muerte*: diversas voces invitan a padres y educadores a plantearnos nuestra propia relación con el morir y la muerte. Si, como dice el filósofo existencialista Karl Jaspers, tanto la muerte como el sexo pertenecen a la vida, ¿cuál es la razón para educar sexualmente y no también tanatológicamente?<sup>10</sup> En la escuela, pues, son necesarias la reflexión y las vivencias en torno a las situaciones límite más duras, el *sufrimiento* y la *muerte*, desde diferentes perspectivas: la social, la psicológica, la espiritual, y, por supuesto, la *pedagógica*.

Vale la pena saber que la muerte no es un tabú en las escuelas de la India, los niños y las niñas hablan en el patio de la reencarnación. ¿Modelo a seguir, o es “demasiado”?

Una posible actuación pedagógica en nuestras aulas consiste en integrar la vivencia de la muerte y el duelo en la reflexión sobre la finitud de la vida a través de una muerte concreta, en la familia o en la escuela, que golpee muy de cerca al niño o al adolescente (un abuelo, un compañero, una profesora, o incluso, un animal de compañía...) o por muertes lejanas de personas desconocidas que también brindan la oportunidad de hablar y expresar sentimientos, demostrar empatía con los familiares de las víctimas...

En ninguna circunstancia, el hecho de esconder a los niños situaciones dolorosas es una manera acertada de ayudarlos. Ellos conocen desde muy pequeños que pasaron nueve meses en el vientre de su madre, pero paradójicamente pueden ignorar la muerte de personas queridas porque se les dice que han marchado de viaje o han cambiado de domicilio. Muchos padres no dejan que sus hijos vean el cuerpo de la abuelita que acaba de morir porque temen que pueda resultarles traumático, cuando con mucha probabilidad esta actitud no sea nada más que un reflejo de sus propios temores. En determinadas situaciones traumáticas un niño o un adolescente puede necesitar ayuda para comprender y asimilar el alcance de lo ocurrido, ya sea para evitar que el miedo lógico se transforme en terror, o bien para que no viva el suceso de forma virtual, como si se tratara de un videojuego más o menos divertido.

Algunos padres y maestros se preguntan *¿no falta todavía mucho tiempo para tener que hablar, ahora, del sufrimiento y de la muerte a los niños?, ¿por qué angustiarlos antes de hora?* Es cierto que educamos para la vida, pero si resulta que la vida incluye la muerte (va en el “pack”) como el último acto de la función, padres y maestros no podemos olvidar cuanto hace referencia al hecho de morir. En otras palabras, si pretendemos ser plenamente honestos y no escabullirnos cobardemente de lo que resulta difícil de afrontar... aceptaremos que la pedagogía del sufrimiento y la muerte es, en definitiva, una pedagogía de la vida.

Desde esta óptica, ya hemos apuntado como necesaria una reeducación de los adultos, y una educación infantil y juvenil realista y auténtica respecto al sufrimiento, la propia muerte y la de las personas que amamos. Los temas –*las realidades*– del sufrimiento y de la muerte son los grandes ausentes de los programas educativos. Nuestra sociedad occidental ha de “desfrivolar” la muerte y reconciliarse con ella, ya que sufrir y morir es propio de todo ser humano. Si la muerte es la única certeza que un día u otro nos “atrapará” y en la cual somos totalmente insustituibles, ¿por qué no prepararnos para ello con tiempo?, sin angustia, sin pánico... ¡con realismo! No es justo que la educación

escamotee los temas dolorosos a los niños y jóvenes, y los envuelva de un falso algodón que de bien poco les servirá cuando se encuentren ante el primer contratiempo o pérdida importante.

Al lado de una pedagogía que ayude a conseguir una existencia más plena individual y socialmente –con eficacia, éxito, reconocimiento– tiene que haber una pedagogía que ayude a afrontar los sentimientos que generan el fracaso, la pérdida, el sufrimiento y la muerte. De esta manera, cuando sucede una pérdida significativa para el niño, el proceso de duelo que deberá hacer será más sereno y menos doloroso.

Partiendo de la premisa de que los más pequeños necesitan *transparencia* y *apoyo afectivo*, las medias verdades tan sólo sirven para que las situaciones de pérdida más difíciles todavía sean más difíciles de llevar. En una entrevista (febrero de 2008), con motivo de la publicación de su último libro de la saga de Harry Potter, que en la ficción quedó huérfano a los doce años, la autora afirmaba –hablando de la muerte– que a los niños les aterroriza este asunto aunque no lo hayan experimentado, y la forma de afrontarlo es hacerlo abiertamente. Como escritora y como madre, afirmaba estar convencida de que la solución no es hacer ver que estas cosas no pasan, sino analizarlas de manera afectuosa y serena.

Pensamos que resulta sencillo escoger cuál de estas dos actitudes es la más válida, a pesar de que pueda ser la más difícil de llevar a cabo:

<b>Actitud A</b>	<b>Actitud B</b>
Esconder y/o disimular la tristeza	Acompañar a la persona que está triste
Minimizar la importancia de la pérdida	Dar seguridad afectiva

- ¿Qué decir a un niño ante la muerte de un ser querido para él?
- Decirle sólo aquello que el niño pueda entender.
  - Dar la información que el niño necesite y pueda asumir.
  - Responder a sus preguntas, no mentir nunca.
  - Si es necesario, decirle que no tenemos respuesta a su pregunta. ¿Cómo decírselo?
  - Con la máxima naturalidad que podamos.
  - Con el tono de voz y la emotividad adecuada a la seriedad del hecho.
  - Dándole el máximo apoyo emocional para que se sienta apoyado y querido, a pesar de...

No es necesario ser una persona experta en pedagogía para darnos cuenta de

que somos hijos de una educación muy prepotente que esconde el hecho de morir y disimula sin rubor cualquier limitación. Quizás se actúe de ese modo porque la muerte es la única realidad que pone de manifiesto, sin tapujos y a veces cruelmente, la temporalidad de la existencia humana. Los niños y las niñas han de saber que tanto el sufrimiento como la muerte pasan y pueden pasar, y que también los niños pueden morir. También tienen que saber –y sentir– que la vida de un niño de Bangladesh o de Gambia tiene el mismo valor que la de un niño de Cataluña o de Francia.

## El duelo de los niños

Las reacciones emotivas del niño y la niña ante la muerte de una persona querida son parecidas a las del adulto, aunque se manifiesten de manera diferente. Las más habituales son: *tristeza* por lo que ha pasado, *rabia* por haber sido abandonado, *miedo* a que lo dejen solo, *temor* a que también se muera el padre o la madre superviviente, *sentimiento de culpa* por haber provocado la muerte. Hay tres preguntas que, verbalizadas o no, el niño se hace: *¿He provocado yo la muerte?, ¿me pasará también a mí? y ¿quién me cuidará ahora?*

Para superar la tristeza que acompaña el sentimiento de pérdida, y poder hacer el duelo necesario, es indispensable saber *el qué y el por qué*. Cada criatura, cada persona, debe aprender a vivir con su realidad. Cuando un niño o una niña tiene que recurrir a la fantasía para explicarse acontecimientos que no entiende porque nadie se los ha contado, el proceso puede ser mucho más doloroso y perjudicial. Conocer la realidad, por dolorosa que sea, puede ser mejor que no saber qué está pasando. El hecho de no saber genera ansiedad, inseguridad e indefensión, siempre difíciles de afrontar. A la pregunta más habitual: *¿Dónde va una persona cuando muere?*, debemos eludir la referencia al *viaje*. La persona que va de viaje acostumbra a regresar siempre, aunque sea al cabo de mucho tiempo, y la persona que ha muerto no volverá nunca.

Los niños que se sienten queridos y están sanos pueden *sobrevivir* al dolor y a la tristeza, y salir de ellos fortalecidos psicológicamente. Los niños y los adolescentes pueden afrontar la muerte de personas cercanas si a su alrededor captan una sólida estabilidad emocional. La tristeza y el sufrimiento que provocan la muerte o las enfermedades graves de personas queridas son sentimientos que se han de poder vivir y experimentar. Es necesario evitar la angustia producida por la inseguridad y la incertidumbre que provoca una pérdida importante cuando es vivida en una soledad no querida, sin una mano amiga al lado ni una compañía tierna en quien apoyarnos.

También es importante tener en cuenta que los niños observan y captan nuestras actitudes, nuestra angustia, nuestra serenidad, nuestra tristeza, nuestra paciencia... en definitiva, nuestros valores. Tenemos que poder hablar en casa y en la escuela de la muerte y del hecho de morir, de forma abierta, sin miedos. El objetivo final es desvelar la necesidad de introducir en el marco familiar y educativo una *auténtica pedagogía de la vida y de la muerte*.

*¿Cómo ayudarlos en el proceso de duelo?*

Existen distintos enfoques para orientar a los adultos sobre la manera de dar apoyo y consuelo a niños en proceso de duelo. Desde todos ellos se coincide en que la información que les demos tiene que ser clara y adaptada a su edad, evitando explicaciones confusas o “mágicas” sobre la muerte. Es fundamental que el niño sepa que la muerte que acaba de suceder no ha sido provocada por él y que no tiene la culpa. También es importante poder mencionar la palabra *muerte* (evitar eufemismos), y a la vez evitar la vinculación de la muerte con *viaje, enfermedad, sueño...*

Según Jorge L. Tizón (2004), psiquiatra, psicólogo y psicoanalista, se dan diferentes tipos de intervenciones y atención en diversos momentos de los procesos de duelo en los niños.

#### *Duelo anticipatorio*

- Incluir al niño en alguna de las conversaciones familiares sobre el tema.
- Favorecer que exprese sus sentimientos, aunque la familia pueda conmovirse profundamente ante esa expresión.
- ...

#### *Duelo agudo, momento del impacto y la crisis*

- Estar presente, pero con contención, más que intervención.
- Los contactos físicos (besos, abrazos...) de familiares y allegados son importantes.
- ...

#### *Primeras fases de los procesos de duelo*

- Ayudar a que el niño pueda expresar sus quejas.
- Ayudar a que pueda hacer sus preguntas, protestas, exprese sus molestias, pueda llorar al lado de alguien que le quiere.
- ...

#### *Fases tardías de los procesos de duelo*

- Determinar el grado de elaboración del duelo (tareas, momentos).
- Identificar depresión u otra psicopatología.
- Considerar la interconsulta o la derivación en caso de duelo complicado o patológico y medidas complementarias como grupos de ayuda mutua, de psicoterapia, red social, etc.

Expertos en psicología del duelo afirman que un buen proceso en el luto es el que concluye con el progresivo desvanecimiento de la tristeza y añoranza que ha representado la muerte de la persona querida, y la sana incorporación a la normalidad.

El hecho de morir tiene que ser reconocido –también por los niños– como la otra vertiente del vivir, la otra cara de nuestra existencia, tan real como la cara oscura de una esfera que sólo vemos iluminada.

## **Anécdotas ‘entrañables’, preguntas ‘curiosas’ y respuestas ‘sabias’ de los más pequeños**

a) La lectura de este apartado seguramente provocará sonrisas. Los comentarios adultos, en general, son innecesarios.

Niños que enseñan<sup>11</sup>

Al autor y orador americano Leo Buscaglia se le pidió ser parte del jurado en un concurso que tenía por objeto encontrar al niño más cariñoso. El ganador fue Willy, de cuatro años, cuyo vecino era un anciano; su esposa había fallecido recientemente. El niño, al ver al hombre llorar, se acercó y se subió a su regazo. Cuando la madre le preguntó qué le había dicho al vecino, el niño le contestó: “Nada, sólo le ayudé a llorar”. Una anécdota dulce y conmovedora del universo infantil.

b) Los alumnos del colegio público barcelonés Octavio Paz llevan trece años confeccionando un altar de muertos al modo tradicional mexicano para celebrar la festividad de Todos los Santos, una suerte de lúdico ejercicio pedagógico destinado a familiarizar a los más pequeños con la muerte, un modo entretenido de enseñar que hay muchas formas de mirar el mundo. La mexicana María Elena Meza dijo que “estas cosas permiten conocer mundo a los que no podemos viajar. Ahorita en un colegio de México están celebrando el Día de los Muertos al modo catalán”.

Lustros atrás, el primer altar de muertos confeccionado en esta escuela se levantó en el segundo piso, para que los más pequeños no se impresionaran (y, quizá también, para evitar a los adultos preguntas incómodas). Pronto los maestros se dieron cuenta de que era absurdo ocultarlo a los benjamines de la escuela.<sup>12</sup>

“Nuestra sociedad no sabe explicar el fenómeno del fin de la vida a los niños –comenta la directora del centro educativo, Anna Sena–. Ante la muerte de alguien cercano, de un abuelito, muchos padres prefieren decirles a sus hijos que ya volverá, que se ha ido por muchos años. La muerte de un familiar es un hecho traumático ante el cual todo el mundo quiere pasar página lo más rápidamente posible. Luego el niño se da cuenta de la verdad, de que su abuelo jamás volverá, de que en realidad está muerto, de que sus padres le han mentado. En realidad, si se les habla sin miedo, como si les contaras un cuento, no es difícil explicar la muerte a los niños –sigue Anna Sena–. Y en verdad es imprescindible para el desarrollo personal. A los mexicanos tampoco les gusta la muerte, pero entienden que el que se marcha no lo hace del todo. Permanece de algún modo. Allí, por estas fechas, los cementerios están llenos de alegría. Aquí los hijos miran el reloj mientras sus madres rezan un momento frente al nicho de su marido. Cuando abrimos el colegio hace quince años –recuerda la directora– sólo había un alumno extranjero. Una razón por la que empezamos a hacer el altar de los muertos es porque sabíamos que nuestros estudiantes tenían que aprender a vivir en una sociedad de mil colores”.

### c) Convicción infantil de que los niños no mueren<sup>13</sup>

Ruth (4 años y 7 meses): ¿Tú te morirás, papá?

Padre: Sí, pero no antes de volverme viejo.

Ruth: ¿Te volverás viejo?

Padre: Sí, claro.

Ruth: ¿También yo me volveré vieja?

Padre: Sí.

Ruth: Todos los días siento miedo de morirme. Ojalá nunca me vuelva vieja para así no tener que morirme, ¿verdad?

### d) Otras cuestiones plantean serios compromisos a los adultos, a la hora de responder:

- ¿No habéis podido encontrar ningún médico que ayude a “desmorir” al abuelo?
- ¡Yo no quiero que se muera!
- ¿Dónde va una persona cuando muere?
- ¿Qué significa morir?
- ¿No se puede hacer nada para evitar morir?
- ¿Todos los caracoles se mueren siempre?
- ¿Mis padres también se morirán?, ¿y, si eso pasa, quién me ayudará a mí a hacer los deberes?
- ¿Cuándo nació?, ¿antes de tener un año?
- ¿Verdad que cuando nosotros no estemos, estarán todos los que ahora todavía no están?

Ante preguntas de tamaño calibre es cuando padres, maestros, abuelos, monitores, canguros... nos quedamos con expresión de perplejidad absoluta, porque resulta que las respuestas científicas no existen, y las otras... “a grosso modo”, ¡tampoco! Sólo con la *nuestra*, la de cual, vivimos *hoy* y moriremos *después*.

Nosotros, adultos/educadores, no podemos cambiar ni transformar los acontecimientos negativos que padecen y sufren los niños y las niñas, pero sí que podemos contemplar una educación que tenga en cuenta la hospitalidad, el consuelo y, sobre todo, la *compasión* y la *ternura*.

## Poema “Tres variaciones alrededor de la muerte” (Miguel Otero Silva, 1908-1985)

### TRES VARIACIONES ALREDEDOR DE LA MUERTE

3

Un niño es la crisálida de un amor y de un llanto,  
es la estrofa primera de un poema,  
es la cuesta inicial de una montaña.  
Y la muerte de un niño es tan absurda  
cual la de una mañana que se volviera sombras.

Si ayer se desgarraron las carnes de la madre,  
si un rumor de blancura le despertó los senos,  
esa sangre, esa leche, ese dolor, han sido  
la raíz de los pasos de un hombre.

Sólo el leñador loco corta un árbol  
cuando el tronco es apenas tierno cogollo inútil.

***Antes y después de morir: decidir más allá de  
nosotros***

*Aquello por lo que vale la pena vivir,  
es aquello por lo que vale la pena morir.*  
Miguel de Unamuno

## Bien morir y mal morir

¿Hay alguna muerte buena, alguien muere realmente “bien”?  
Séneca decía en su *Epistolario a Lucilio*:

Por más dichosa o más cruel que haya sido la muerte de unos o de otros, es siempre la muerte. Los caminos son diferentes, pero todos conducen a lo mismo. Ninguna muerte es más grande o más pequeña; siempre tiene el mismo resultado: terminar la vida.

Quizá no exista la “muerte buena”, pero sin lugar a dudas existen formas de morir mejores que otras. Para la mayoría de las personas la buena muerte es la que acontece sin dolor, sin sufrimiento. Para otras, buena muerte es sinónimo de vida cumplida, morir de muerte natural, en la vejez. También morir durmiendo es considerada una forma de buena muerte. En general, y en nuestra sociedad occidental, una buena muerte es la que sucede sin darse uno cuenta y sin previos sufrimientos.

No todos tenemos claro cómo queremos morir, pero sí cómo no nos gustaría que ocurriera. Don Miguel de Unamuno, suplicando a la Muerte, expresa este deseo *en positivo* en un poema de 1910:

¡Oh Muerte, casta Muerte, madre de la vida,  
ten piedad de nosotros!  
¡Ven con paso pausado y silenciosa  
escortada del sueño  
y en tus brazos aduérmelos!  
[...]  
¡Engáñanos, oh Muerte!  
Aparta de nosotros esos ojos,  
tus ojos de tinieblas,  
esos que han visto la verdad desnuda  
–sólo el vacío puede verla pura–,  
¡engáñanos, oh Muerte!  
¡engáñanos, piadosa!  
Ten piedad de nosotros,  
¡oh Muerte, santa Muerte, madre de la vida!

Ignoramos de qué forma moriremos: los escenarios de la muerte no dependen en general de uno mismo; puede ser en la cama, en la carretera, en el hospital... Pero cada vez más nuestra sociedad reclama el derecho a una muerte digna.

Las condiciones básicas que se han de dar para morir con dignidad son éstas:

- sin dolor físico
- con el mínimo dolor moral
- en compañía de personas queridas

El médico no debe ciertamente ayudar a la muerte, sino a la vida; sin embargo, puede y debe ayudar a morir del modo más humano posible, esto es, según las cualidades que nos hacen dignos de respeto. Un modo tal de morir puede calificarse con el apelativo de digno. Por sí misma la muerte no puede ser digna, pero cada uno deberá poder vivir y debe vivir la propia muerte con dignidad. (Cuyás, 2002: 122)

## Testamento vital o documento de voluntades anticipadas

El testamento vital es una declaración de voluntades anticipadas (DVA) –que se formaliza mediante un texto escrito ante notario o ante tres testigos con unos requisitos determinados– en la cual cualquier persona lúcida y mayor de edad puede especificar qué desea para el final de su existencia. En este documento se contemplan estados clínicos como daño cerebral irreversible, tumor maligno en fase avanzada, limitación importante de la movilidad, demencia senil... La petición explícita es que se omita cualquier tratamiento extraordinario que alargue artificialmente la vida y que se administren los medicamentos necesarios para paliar el sufrimiento físico y psíquico, aunque ello suponga una reducción del tiempo de vida.

Para poder hacer un DVA o testamento vital se requiere:

- Ser mayor de 18 años y tener capacidad para hacerlo
- No estar coaccionado ni influido por otros
- Comprender el alcance de su decisión
- Estar informado de las diferentes alternativas y consecuencias no deseadas
- Haber sido bien informado por parte de su médico sobre su enfermedad
- Que su representante (y su familia más próxima) tenga conocimiento de su decisión
- Conocer los límites legales: actuaciones contra la ley, contra las buenas prácticas o situaciones no previstas.

En este documento se hace referencia a la voluntad de que *no me sean aplicadas –o bien que se retiren si ya se han instaurado– medidas de soporte vital*. Bajo tal denominación se incluyen habitualmente las siguientes: reanimación cardiorrespiratoria, conexión a un respirador mecánico, nutrición e hidratación artificiales, o cualquier otra que, si no se instauran o si se retiran, la vida se compromete a muy corto plazo.

Además, se pueden hacer constar, en el apartado de “Instrucciones adicionales”, otras voluntades, como por ejemplo si no se desea ser trasladado a un hospital y se prefiere ser atendido en el propio domicilio, si se quiere recibir asistencia religiosa, si se quiere ser incinerado y que se esparzan las cenizas en un lugar determinado, si hay que advertir de su situación a determinadas personas, e, incluso, se ha llegado a pedir que se sacrifique a su perro llegado el momento en que no pueda cuidarle. El testamento vital obliga al médico y al equipo sanitario a “obedecer” lo que en él consta, y prevalece sobre la opinión y las indicaciones que puedan manifestar los familiares.

Debemos reconocer que el número de testamentos vitales (en el año 2009)

todavía es bajo en relación con la población. La actitud es casi siempre favorable a esta práctica, pero en la realidad es difícil llevarla a cabo. Precisamente porque no tiene plazo y puede hacerse en cualquier momento, resulta fácil dejar la tarea para más adelante, siguiendo los dictados de ese pensamiento irreal de omnipotencia en el que nos sentimos más a gusto que cuando alguien o algo nos recuerda nuestra finitud.

## **Órganos que dan nueva vida: los trasplantes**

Los extraordinarios progresos realizados por la medicina en los últimos siglos –y especialmente en los últimos cincuenta años– han permitido intervenir de varias maneras en el proceso de la muerte, a veces interrumpiéndolo, a veces frenándolo o acelerándolo. Muchas enfermedades consideradas hasta hace pocos años como letales, hoy ya no lo son, y otras, que todavía no lo son, pueden prolongarse por largos períodos de tiempo. Todos sabemos que órganos ya incapaces de funcionar en una persona enferma han sido sustituidos con trasplantes de órganos de otras personas, vivas o muertas, o incluso de animales, o bien con la aplicación de prótesis adecuadas. Además, las técnicas de reanimación han hecho posible a muchos hombres y mujeres sobrevivir después de muertes aparentes, que hasta hace pocos años hubieran sido consideradas reales o definitivas.

Aunque España lidere la lista europea de países con más cultura de donación de órganos, eso se ciñe al universo adulto. Quienes un día se convierten en donantes ya han hablado previamente de esa voluntad con su familia, ya han expuesto públicamente su postura. Pero mucho más delicado resulta el tema cuando el posible donante es un menor. El dolor que comporta la pérdida infantil o juvenil inmoviliza a la familia. Pero un gesto, una decisión generosa, puede salvar a otros niños. Según datos leídos en prensa, cada año, unos 150 niños reciben un trasplante en España, y en julio de 2009, ochenta y siete niños estaban pendientes de un órgano, de un total de 5.251 personas en lista de espera para un trasplante.

“Si donar es siempre dar vida, en el caso de los niños ese regalo es doble”, señala la ministra de Sanidad, frase que comparte plenamente el responsable de la Organización Nacional de Trasplantes (ONT), quien recuerda que los trasplantes infantiles son los que mejor pronóstico tienen, ya que las posibilidades de adaptación del órgano trasplantado son, en líneas generales, “mucho mejores que en los adultos”.

Unos padres con una hija en lista de espera para un trasplante expresaban así su esperanza: “La donación, desde el dolor de alguien que pierde un hijo, es algo que les honra y puede confortar”.

La Organización Nacional de Trasplantes se ha marcado como objetivo prioritario aumentar el número de trasplantes de hígado que proceden de donantes vivos. El responsable de la Organización, Rafael Matesanz, incide en la “necesidad” de incrementar los métodos de donación “no convencionales”. A lo largo del año 2008 se realizaron en España 1.108 trasplantes de hígado, la

mayoría de donantes fallecidos –el método convencional–. Sólo 28 fueron de donante vivo, y 22 se hicieron en *split*, un método mediante el cual se parte el hígado en dos fragmentos y cada uno va a parar a un receptor distinto. Al descender los accidentes de tráfico como la fuente principal de donantes, es preciso buscar nuevas estrategias. El hígado es un órgano que se regenera con relativa rapidez, por eso es posible extraer un fragmento de hígado a un donante vivo y trasplantarlo al enfermo. Otro método no convencional que se utiliza, aunque con menor frecuencia, es el llamado *dominó*. Consiste en extraer el hígado a un paciente que no puede seguir viviendo con él debido a diversos problemas, pese a que el órgano se encuentra en buen estado. Cuando el paciente recibe el hígado nuevo, el suyo se trasplanta a otra persona. En estos 25 años se han hecho 100 intervenciones en *dominó*.

Es interesante el testimonio de un caso de gran repercusión mediática que saltó a los medios a finales de 2008: una niña británica de 14 años había rechazado un trasplante de corazón. Los médicos llevaron su caso a los tribunales para devolverla al hospital contra su voluntad después de que les desafiara e insistiera en que prefería morir en casa que pasar más tiempo en el centro. Con el apoyo de sus padres, Ana Jones planteó una batalla legal hasta que los servicios sociales entrevistaron a la adolescente y los médicos retiraron la demanda en vista de que conocía perfectamente las implicaciones tanto de aceptar el trasplante de corazón como de rechazarlo, y del grave peligro de que su muerte estuviera próxima. Su decisión le valió apoyos en todo el mundo.

Unos meses más tarde se conoció la noticia de que Ana había cambiado de opinión y había decidido entrar en la lista para una intervención que podría salvarle la vida; sus palabras textuales fueron: *sé que había dicho que no quería el trasplante, pero todo el mundo puede cambiar de opinión*, apuntó. Si decidió volver a la lista es porque los médicos le aseguraron que en aquel momento tenía muchas más posibilidades de recuperarse totalmente. Antes le habían advertido precisamente de que la operación era arriesgada y que, incluso si salía bien, necesitaría otro corazón a los diez años.

Su madre, ex enfermera de cuidados intensivos, insistió en estar encantada con el cambio de opinión de su hija, que sufre una forma rara de leucemia desde los cinco años.

### *Trasplante de vivo a vivo*

“Las primeras reacciones de los especialistas en teología moral frente al problema del trasplante entre vivos fueron muy negativas. La privación de un órgano se consideraba como una mutilación [...] Dado que el fin no justifica los medios, les resultaba imposible comprender la licitud de un trasplante que

presuponía, como primer paso, una mutilación.”

“Aunque hoy se recurre preferentemente a órganos extraídos de un cadáver y pronto se optará por prótesis artificiales, no resulta inútil exponer brevemente las condiciones de licitud por parte del donante y del receptor para el trasplante entre vivos. El porcentaje de éxitos suele ser aún muy superior, aunque esto pueda venir contrarrestado con otros inconvenientes, atendiendo al conjunto de la operación. Sucede además que alguna vez no existe otra solución posible” (Cuyás, 2002: 66-67).

### *Trasplante de muerto a vivo*

“Ya que la cesión de un órgano supone siempre alguna merma física en el donante, será siempre preferible, en igualdad de circunstancias, trasplantar el de un cadáver o sustituirlo por una prótesis lograda. No es posible proceder de otro modo, cuando se trata de un órgano único y vital. Casi todas las civilizaciones y culturas exigen consideración a la voluntad del difunto respecto a la disposición de su cuerpo y muestran además gran respeto para con el cadáver, vinculado frecuentemente a sus concepciones religiosas. Todos deberíamos saber que los órganos para el trasplante no se toman nunca de un moribundo, sino de un difunto y también que las leyes –incluida la española– prohíben recibir compensación alguna por la cesión de órganos” (Cuyás, 2002: 72).

La mayoría de las personas que hoy estamos sanas y, estadísticamente, todavía lejos de la edad de morir, tenemos la posibilidad de donar nuestros órganos una vez concluida nuestra vida. Quizá éste sea el mayor gesto de solidaridad hacia “el otro”: *que la vida venza a la muerte cuando ello es posible*.

No podemos ocultar que muchas familias se niegan a la donación de órganos, alegando en muchos casos que el ahora posible donante se negó en vida a serlo, cerrando la puerta a la esperanza de miles de personas en situaciones difíciles y, en ocasiones, dramáticas. ¿Qué falla en estos casos, la previsión del ahora fallecido o la formación/información del mismo y de su familia? Sería espléndido poder erradicar el lado oscuro del egoísmo y potenciar la generosidad más allá de la muerte.

En junio de 2008, había en Cataluña 1.321 personas que esperaban un trasplante, según informó el Departamento de Salud. La mayoría de estos pacientes estaban pendientes de un riñón, y en menor medida un hígado, un páncreas, un pulmón o un corazón.

### *Trasplantes ilegales*

Producen escalofríos las noticias que a lo largo del año 2008 han aparecido

sobre los trasplantes ilegales y la compraventa de órganos entre personas vivas, que llevan a cabo organizaciones mafiosas internacionalmente, haciendo de ello un suculento negocio. Los desafortunados que venden su riñón o parte de su hígado, sometidos a intervenciones quirúrgicas con dudosas garantías, cobran como mucho 900 euros, mientras que los enfermos que necesitan estos órganos para sobrevivir pueden llegar a pagar más de 35.000 euros. En la India, por ejemplo, el negocio de los trasplantes funciona a plena luz, como uno de los reclamos más importantes del turismo médico, a cargo de empresas sanitarias privadas. Las autoridades indias han puesto en marcha una comisión para intentar regular los trasplantes. En los países ricos está prohibida la compraventa de órganos humanos para trasplantes, pero no se puede prohibir que sus ciudadanos viajen donde se pueda hacer. La solución sería aumentar las donaciones legales en cada país, ya que actualmente no llegan a cubrir ni la mitad de las necesidades del conjunto de Europa. Se ha de decir que, en este campo, el Estado español es un modelo a seguir.

## Donación del cuerpo a la ciencia

Fue una muy positiva noticia, en el ya “lejano” septiembre de 2003, que la Universidad del País Vasco anunciase que era la primera universidad española que tenía un recinto que albergaba las cenizas de los donantes que así lo deseaban.

El recinto se llama Bosque de la Vida, y consiste en un conjunto de árboles de gran altura, realizados en un acero especial, en cuyo interior se depositan las urnas con las cenizas de los donantes. Los arquitectos que realizaron el proyecto explicaron que no buscaban un objeto, sino un lugar, que no fuera ni un parque, ni un cementerio, ni un panteón, sino “sólo” un bosque.

Con este monumento, la Universidad del País Vasco (EHU) rinde homenaje a todas aquellas personas que donan su cuerpo a la ciencia. La universidad dispone de un horno para la cremación de los restos, y las cenizas se depositan en unas urnas cuyo destino es diverso.

La donación de cuerpos a la ciencia permite que la medicina avance más eficazmente en sus objetivos docentes e investigadores. Cualquier persona mayor de edad puede ser donante de su cuerpo, haciéndolo cuando está todavía “viva”, y ¡en persona! (el futuro donante es el único que puede efectuar los trámites). No está de más saber que los cadáveres se almacenan en unos depósitos, sumergidos en formol, fluido que también sustituye la sangre e impide que los tejidos se pudran. Se rechazan los cadáveres de personas fallecidas por enfermedades infectocontagiosas, accidentes, crímenes, o los que tengan alguna herida abierta. Ni se paga ni se cobra por donar el cuerpo.

Por su interés, nos permitimos transcribir una noticia/artículo que, a pesar de su extensión, va más allá de la anécdota, y nos da pie a reflexionar sobre la importancia de prever con antelación aquello que consideramos importante en nuestra, ahora “real”, existencia.

### Últimas voluntades en un laberinto<sup>14</sup>

En la vida hay que tener los papeles en regla, pero también en la hora del adiós. Unos hijos no pudieron cumplir el último deseo de su madre –donar su cuerpo a la ciencia– porque no había constancia escrita de su voluntad, sino tan sólo el testimonio de los familiares de que les expresó tal intención.

La señora Mercedes era donante de órganos, pero una desgraciada enfermedad truncó su iniciativa solidaria: enfermó de cáncer, y los tratamientos de quimioterapia dañaron su cuerpo de tal forma que hicieron imposible la donación.

Su familia explicó a *La Vanguardia* que en las últimas semanas abordaron el asunto y Mercedes expresó entonces el deseo de que dieran su cuerpo a la ciencia. Sin embargo, tal anhelo no quedó reflejado por escrito: se quedó en una conversación con los hijos. La muerte se les adelantó y Mercedes falleció el pasado día 11, a consecuencia de los problemas derivados del cáncer. Entonces, los hijos se pusieron en contacto con la facultad de Medicina,

donde les informaron de que en principio era necesario un documento privado previo, pero que tal ausencia podría subsanarse con una autorización del juzgado de guardia.

A las dependencias judiciales se dirigieron entonces los hijos, quienes no pudieron hablar con el magistrado. Pero sí presentaron un escrito firmado por los tres hijos, en el que refiere cómo Mercedes “manifestó repetidamente en vida” su intención de donar su cuerpo a la ciencia, que era donante de órganos y que la legislación vigente reconoce el carácter de donante universal de cualquier persona.

En respuesta a la demanda, el juez dictó una providencia en la que efectuaba la diferenciación entre la donación de órganos o la de tejidos y la cesión de un cadáver para investigación, que no entra estrictamente en este ámbito. De cualquier forma, el juez les pidió a los hijos que se dirigieran a la facultad de Medicina (de donde venían), y remarcaba que no estaba ante un supuesto de muerte judicial, lo que venía a significar que no era un asunto en el que tuviera que intervenir el juzgado de guardia.

Las diversas fuentes consultadas por *La Vanguardia* no han sido concordantes respecto al valor de unas últimas voluntades expresadas oralmente. Según un magistrado, no se trata de un acto jurídico, sino de uno médico, en el que no cabe la intervención judicial.

Una letrada especialista en derecho civil detalló que quizás el camino más directo hubiera sido levantar un acta notarial, que daría fuerza a los deseos postreros de la madre, ya que en un caso de unanimidad entre los familiares el testimonio oral sí puede tener relevancia. Este es el aspecto fundamental, resaltado por todas las fuentes consultadas: la legislación sólo pone trabas a fin de que no puedan tomarse iniciativas que luego puedan ser contestadas. Así se lo dijeron en la facultad a los familiares. Se les informó de que hace años hubo algunos contenciosos debido a discrepancias entre las familias, por lo cual pasó a requerirse la expresión escrita del deseo de donación. Por último, un magistrado de la Audiencia de Barcelona informó de que no era posible efectuar la donación, y que la ley del testamento vital previene posibles diferencias posteriores con la exigencia de que dos personas ajenas al núcleo familiar firmen como testigos y refrenden las últimas voluntades.

El hecho es que la familia de Mercedes no ha podido cumplir la postrera petición de su madre. El pasado martes se celebró el funeral. El cuerpo fue incinerado.

## Cuidados paliativos a enfermos terminales

*El hombre no se destruye por el sufrimiento,  
sino por sufrir sin ningún sentido.*

Viktor E. Frankl

Los cuidados paliativos se han definido como los cuidados intensivos del confort. Confortar al enfermo implica una atención eficaz y personalizada de los síntomas o manifestaciones que presenta una persona a consecuencia de una enfermedad incurable.

Los cuidados paliativos tienen por objetivo la obtención de la máxima calidad de vida del paciente en fase terminal, previniendo y aliviando el sufrimiento del enfermo y de la familia que lo cuida. Los elementos esenciales para conseguir este objetivo son:

- Adecuado control de síntomas
- Apoyo emocional
- Comunicación
- Apoyo espiritual
- Coordinación de todos los niveles asistenciales que le prestan su atención.

El doctor Marcos Gómez, uno de los pioneros en cuidados paliativos, transmite este asertivo mensaje a sus colegas del ámbito sanitario: *Si puedes curar, cura. Si no puedes curar, alivia. Si no puedes aliviar, consuela.* El fracaso de la medicina no es no curar (todos moriremos), el fracaso de la medicina es no confortar. En un enfermo terminal, se habla de “dolor total” cuando se junta el dolor físico al miedo al qué pasará, a los asuntos pendientes, que casi siempre son relaciones humanas que el paciente necesita reconstruir para poder “morir en paz”.

Aunque el sufrimiento del enfermo es como un prisma con muchas caras, y todas ellas deben ser tratadas: la *espiritual*, la *física*, la *social*, la *psíquica*, la *económica* y la *burocrática*, los síntomas más visibles de un enfermo incurable acostumbra a ser el dolor, la disnea o los trastornos de la nutrición. Pero no está de más subrayar que no sólo han de ser tenidos en cuenta los síntomas más externos, sino también, y de manera especial, los aspectos psicológicos, el apoyo emocional a los familiares y, en general, todo aquello que afecte al enfermo y a su entorno.

Incluso a las personas más reticentes a hablar de este tema, les interesa saber, como a todos, que la medicina paliativa incluye: *atención al enfermo y a su familia y atención al proceso de duelo.* Esta atención se da a través de un equipo

interdisciplinar, integrado por médicos, enfermeras, psicólogos, trabajadores sociales, voluntarios, asesores espirituales, auxiliares...

Los enfermos oncológicos incurables son el paciente tipo de la asistencia a terminales, pero no los únicos. También requieren atención de los especialistas en cuidados paliativos las personas con insuficiencias orgánicas evolucionadas – hepáticas, renales, cardíacas–, procesos de sida en fases avanzadas, demencias o enfermedades neurodegenerativas como las demencias y la esclerosis lateral amiotrófica, entre otras. El objetivo final es poder afrontar de la mejor manera posible el último tramo de sus vidas, pero muy pocos enfermos terminales reciben esta atención tan completa y deseable. Las proyecciones demográficas de los últimos años, indican que, en un futuro próximo, la prevalencia de enfermos que requerirán una atención paliativa va a ser todavía mayor.

Según informaron diversos medios de comunicación, en marzo de 2007, el Gobierno aprobó la *estrategia de cuidados paliativos* para atender a casi 200.000 pacientes que se hallan en fase terminal en España. Su objetivo es que los *hospitales alivien el dolor de los enfermos terminales y sus familiares*.

No todos los hospitales españoles ofrecen a los enfermos en estado terminal remedios que les mitiguen el dolor y les ayuden a afrontar su dura situación. Para reducir en lo posible el sufrimiento de estos enfermos y sus familiares, el Consejo de Ministros aprobó esta estrategia sobre cuidados paliativos del Sistema Nacional de Salud, que ha contado con el apoyo de las autonomías. El objetivo del documento es “respetar y dignificar el declive de la vida”, en el deseo de que “los últimos momentos de un ser querido estén libres de sufrimiento si ésa es su voluntad”. En España, más de la mitad de los pacientes –alrededor de 200.000, según datos del Ministerio de Sanidad– fallecen tras sufrir durante largo tiempo una etapa terminal y avanzada de su enfermedad. Es a ellos, precisamente, a quienes van dirigidos los cuidados paliativos.

Se pretende, además, fomentar la autonomía del paciente en su proceso de enfermedad, garantizando que se cumplen sus deseos de recibir este tipo de cuidados. Para ello, se difundirá entre la población y los profesionales la normativa sobre voluntades anticipadas. En el supuesto de que el paciente no desee participar en la toma de decisiones, deberá ver respetado su derecho a no ser informado. En estos casos podrá designar un representante, que actuará como interlocutor con el equipo médico.

Entre los muchos recursos que existen para aliviar el sufrimiento de enfermos graves, y que los buenos profesionales conocen bien, nos permitimos mencionar la música, una de las artes más sublimes del ser humano; se ha constatado su papel relevante en el alivio de síntomas de personas que sufren, por medio de la evocación de recuerdos y mediante la sensación que transmite de ir más allá del tiempo. La musicoterapia, en este terreno, tiene mucho que decir.

Existe una duda razonable sobre cómo se atiende a los enfermos terminales en las diferentes comunidades y si sus derechos son los mismos en toda España. La respuesta es que no. Dependiendo de la comunidad donde se viva, se tendrá más o menos garantías de morir sin sufrimiento. Cataluña es la comunidad pionera en cuidados paliativos, aunque todavía quede mucho por hacer.

El médico, ante la muerte próxima de un paciente, puede adoptar tres actitudes básicas, con todos los matices que cada una de ellas contiene:

- Negar la muerte > encarnizamiento terapéutico
- Rehusarla > abandono del enfermo
- Aceptarla > cuidar del enfermo

Todos tenemos muy claro qué tipo de médico desearíamos tener a nuestro lado cuando estemos en el final de la vida o cuando lo estén nuestros seres queridos.

## Muerte digna y eutanasia

*En la eutanasia no se huye de la vida, sino de un difícil morir.*

Nos preguntamos cuántas personas adultas y con un mínimo de formación podrían responder a estas preguntas: ¿En qué consiste la eutanasia?, ¿qué piensa usted de su aplicación?, ¿podría explicar la diferencia entre eutanasia activa y eutanasia pasiva?, ¿conoce alguna asociación que promueva o defienda su aplicación?

Hay que reconocer que el mismo término *eutanasia* resulta ambiguo en su significado. Etimológicamente procede del griego: eu significa ‘buena’ y *thanatos* ‘muerte’. Sin embargo, (Gafo, 1990: 52) desde Francis Bacon (1561-1626) la palabra *eutanasia* pierde, al menos en parte, su sentido etimológico y comienza a significar ‘la acción médica por la que se acelera el proceso de muerte de un enfermo terminal o se le quita la vida’. La proximidad a la muerte de la persona enferma es lo que distingue la eutanasia del suicidio asistido, que más adelante abordaremos.

El mismo autor mencionado en líneas anteriores (1990: 122) explica que nada menos que un santo canonizado por la Iglesia católica, Tomás Moro (1478-1535), defiende la eutanasia en su famosa obra *Utopía*. Después de subrayar la necesidad de que en su sociedad ideal, utópica, se atienda a los enfermos con dedicación y se luche por aliviar sus dolores, afirma que “si la enfermedad es no sólo incurable, sino que significa un tormento y un martirio continuo, los sacerdotes y las autoridades deben decirle a tal enfermo que, dado que no es capaz de sobrellevar las exigencias de la vida y es una carga para los demás –e insoportable para sí mismo, ya que sobrevive a su misma muerte–, no se debe obstinar en alimentar la epidemia y el mal y no debe titubear en ir a la muerte, pues la vida para él es un tormento”. Moro no impone la muerte al enfermo, pero sí la aconseja. En caso de que el enfermo esté de acuerdo, se le puede causar la muerte por privación de los alimentos o mediante un veneno que le narcotice. A fin de evitar el peligro de abusos, se exige siempre el permiso de las autoridades y de los sacerdotes dentro de su modelo utópico de sociedad.

La distinción entre eutanasia *activa* y *pasiva* ya aparece en el siglo XVII. En el primer caso, se trata de la puesta en práctica de una acción médica *positiva* con la que se acelera la muerte de un enfermo o se pone término a su vida. En el caso de la eutanasia pasiva lo que ocurre es que no se aplica ninguna acción terapéutica que pueda prolongar la vida del enfermo. Se trata de una omisión, más que de una acción.

Algunos casos recientes de eutanasia, de gran repercusión mediática, ayudan

a tener una visión más “próxima” sobre la eutanasia:

*a) Un niño desata otro debate sobre la muerte de enfermos terminales en Estados Unidos (La Vanguardia, 27/04/07), Austin (EFE)*

El caso de Emilio Gonzales, un niño de un año y medio que desde que nació no puede comer ni respirar sin ayuda, ha desatado una nueva batalla legal en Estados Unidos. Su madre quiere que continúe intubado, y los médicos, que acabe su agonía. Un punto clave en la disputa es un gesto del bebé que la madre interpreta como una sonrisa, y los médicos, como una mueca de dolor. La madre, Catarina Gonzales, ha emprendido una cruzada para que no se desconecte a su hijo del respirador artificial que le mantiene con vida en el hospital para Niños de Austin (Texas). El niño nació ciego y sordo y los médicos le diagnosticaron una enfermedad degenerativa incurable. Aseguran que mantenerlo con vida artificialmente sólo prolonga su agonía. De su lado tienen una ley, firmada por George Bush cuando era gobernador de Texas, que autoriza la interrupción del tratamiento artificial si los médicos creen que resulta inútil. Si la familia discrepa, puede llevarse al enfermo del hospital.

El caso está en los tribunales y ha reavivado el debate social como nunca desde el caso de Terri Schiavo, la mujer de Florida en estado vegetativo, por la que se enfrentaron el marido y los padres y que finalmente fue desconectada. En el caso del niño, algunos expertos alertan de que la ley de Texas perjudica a personas con pocos recursos que, como Catarina, madre soltera de 23 años, no pueden llevarse al enfermo a casa. Michael Regier, de la cadena de hospitales católicos a la que pertenece el centro tejano, aseguró que no se han basado en costes de tratamiento para tomar una decisión sino que el niño sufre. El obispo católico de Austin también dijo que comprende el dolor de la madre pero que deberían retirarse las máquinas que mantienen artificialmente con vida al niño. “Si un procedimiento médico no es esperanzador y es excesivamente gravoso, los católicos no están moralmente obligados a seguirlo”, dijo.

*b) Fallece tras una huelga de hambre un italiano enfermo que pedía ser desconectado (La Vanguardia, 25/07/07)*

La muerte de Giovanni Nuvoli, un enfermo de esclerosis lateral amiotrófica que pedía que le desconectarán del respirador que le mantenía con vida, ha reabierto en Italia el debate sobre la eutanasia.

En abril, Nuvoli, de 53 años, había pedido morir tras siete años postrado en una cama, pero a principios de este mes, cuando todo estaba dispuesto para que un anestesista llevara a cabo su petición, la policía italiana intervino para impedirlo. Según la mujer del difunto, Magdalena Soro, rechazando la comida y la bebida a modo de protesta “se ha dejado morir”, ya que el respirador estaba en funcionamiento en el momento de la muerte. Paralelamente, la audiencia preliminar del Tribunal de Roma decidía no llevar a juicio al médico anestesista que desconectó al enfermo terminal Piergiorgio Welby, de 60 años, tras la expresa voluntad de éste. Welby padecía una distrofia muscular degenerativa desde los 18 años y murió en Roma en diciembre de 2006. La juez que lleva el caso, Zaira Secchi, aseguró que “el paciente puede rechazar las terapias, incluso aquellas que son necesarias para vivir y, sobre todo, que este derecho puede ser delegado a otra persona”.

*c) La clínica de Eulana pone condiciones –informa María-Paz López (La Vanguardia, 18/12/08)*

La clínica del norte de Italia que, en virtud de una sentencia del Tribunal Supremo (sentencia que dividió al país y al mundo político), iba a retirar la sonda que mantiene viva a la paciente en coma irreversible hace casi 17 años, Eluana Englaro, sigue dispuesta a dar ese paso, siempre y cuando los abogados y jueces le garanticen la absoluta legalidad de la acción. Motivo: anteaer, el Gobierno de centroderecha de Berlusconi emitió una circular ministerial que prohibía suspender la alimentación e hidratación artificiales a pacientes en estado vegetativo en hospitales públicos y privados, con clara voluntad de impedir la aplicación de la sentencia del TS sobre Eluana. La circular dio al traste con los planes de la familia Englaro, que esa misma noche iba a trasladar a Eluana a la clínica privada Città di Udine, en la ciudad

de ese nombre, para iniciar su camino hacia la muerte. Eluana E., de 38 años, lleva 17 en estado vegetativo debido a un accidente de tráfico. “Confirmamos nuestra disponibilidad, pero con un itinerario legal claro”, dijo el administrador, Claudio Riccobon; el centro piensa obrar gratuitamente. Ayer tarde, el ministro de Trabajo y Sanidad, Mauricio Sacconi, aseguró que sancionará a la clínica de Udine si *desconecta* a Eluana.

Un año después de su muerte, la madre recogía firmas a favor de la eutanasia. Finalmente, la madre y el doctor quedaron exculpados pero el debate sobre la eutanasia sigue abierto, tanto en Francia como en tantos otros países.

La visión más positiva de la eutanasia, ya en el siglo XXI, es constatar el protagonismo creciente del propio enfermo (frente a la familia o al médico), y su capacidad de decisión sobre el final de su vida. Incluso las posturas que se oponen a la legalización de la eutanasia reconocen el derecho del enfermo a rechazar cualquier situación de “encarnizamiento terapéutico” o “distanasia”.

Estamos de acuerdo con que una mejor atención social, sanitaria y humana reduciría las peticiones de eutanasia. Para lograr este objetivo se precisa una mejor formación y capacitación de profesionales para el acompañamiento en el final de la vida. Hoy por hoy, reiteran los expertos, queda todavía un largo camino por recorrer.

## Suicidio asistido

La eutanasia y el suicidio asistido no difieren demasiado entre sí, ya que la intención del paciente (que es quien sufre) y la del médico o sanitario (que tiene un móvil compasivo) es en ambos casos que el primero de ellos muera. En la eutanasia, como ya hemos comentado, en general es el médico o agente sanitario quien da muerte al paciente a través de una acción ejecutada por él mismo, mientras que en el suicidio asistido es el propio paciente quien se causa la muerte a sí mismo, aunque cuenta con la colaboración de alguien que lo ayuda.

El denominado *turismo del suicidio* o *turismo de la muerte* consiste en viajar a Suiza para recurrir al suicidio asistido a través de la organización Dignitas, con sede en Zúrich (a diferencia de la mayor parte de los países europeos, en Suiza la asistencia al suicidio no es ilegal). En diciembre de 2004, se dio a conocer la noticia de una mujer británica, de 66 años, que sufría una enfermedad cerebral degenerativa y decidió poner fin a su vida con ayuda de esta entidad. Desde que se creó, en 1998, Dignitas ha ayudado a morir a unas ciento cincuenta personas de varios países, según informan asociaciones pro eutanasia.

La justicia francesa rehusó, en marzo de 2008, la petición de una enferma de cáncer a recibir una muerte asistida por un médico, en su propia casa. Aunque la enferma de cáncer había manifestado la posibilidad de ir a morir a Suiza –donde está legalizado el suicidio asistido– finalmente fue encontrada muerta en su casa, sin que hayan quedado del todo claras las circunstancias de la muerte.

Y en julio de 2009, la prensa se hacía eco de un caso impactante de *turismo del suicidio*: el reconocido director de orquesta británico y músico, Edward Downes, y su mujer se habían sometido a un suicidio asistido en Suiza. Pusieron fin a sus vidas en la Clínica Dignitas, en Zúrich (Suiza), especializada en este tipo de casos. Según un comunicado de sus hijos, la pareja había decidido suicidarse hacía tiempo para no tener que seguir sufriendo los problemas de salud que padecían. El mismo comunicado añadía que “los dos se consideraban muy afortunados por el tipo de vida que habían tenido”.

Desde que Suiza legalizó el suicidio asistido, se calcula que un centenar de extranjeros –todos ellos enfermos terminales, la mayoría europeos– acuden cada año al centro que la asociación Dignitas tiene en Zúrich, donde se les ayuda a morir administrándoles pentotal. En Francia, como en España, se puede dejar morir, pero no ayudar a morir, a diferencia de otros países europeos donde sí que está legalizada la eutanasia activa.

También en este contexto, convenimos con Viktor Frankl que el suicidio - asistido o no- no se daría si la persona suicida hubiese hallado un cierto sentido a

su vida. La cuestión es saber en qué puede consistir este sentido cuando todo, “texto y contexto”, es terriblemente doloroso. Los seres humanos que hoy no vivimos una situación límite, tampoco podemos tener la última palabra. ¿O alguien cree que sí?

## Poema “No llores junto a mi tumba” (autor desconocido)

No llores junto a mi tumba;  
Yo no estoy allí. No estoy dormido.

Soy un millar de vientos que soplan.  
Soy el diamante que brilla en la nieve.  
Soy la luz del sol sobre el trigo maduro.  
Soy la suave lluvia de otoño.  
Cuando despiertas en la quietud de la mañana,  
Soy el rumor de las alas de los pájaros  
Que vuelan rápida y silenciosamente en círculos.  
Soy las estrellas tenues que brillan por la noche.

No llores junto a mi tumba.  
Yo no estoy allí; no he muerto.

Autor desconocido

5

## ***Más allá del mundo físico: ‘la trascendencia del morir’***

*La experiencia más bella y profunda que pueda tener el hombre es el sentido de lo misterioso [...] Percibir que, tras lo que podemos experimentar, se oculta algo inalcanzable a nuestros sentidos, algo cuya belleza y sublimidad se alcanza sólo indirectamente y a modo de pálido reflejo, eso es trascendencia.*

A. Einstein

## ¿Laico o confesional?

No podemos hablar de la trascendencia del morir sin tener en cuenta el contexto cultural y religioso en el que está inmersa la sociedad europea actual. En la perspectiva de un siglo muchas cosas han cambiado y de forma diferente, presididas por lo que se ha llamado proceso de secularización que de forma progresiva ha afectado a diversos países europeos.

Con el título “¿Laicidad o libertad?”, Àlex Seglers escribe en el boletín del Centre d’Estudis Jordi Pujol (6/10/2009) que la *laicidad* es un dogma abstracto propio de Occidente y sus democracias liberales. Y, como dogma abstracto, admite matices importantes, al menos teóricamente; desde la separación Estado-Iglesia (Francia) a la cooperación (Alemania, Austria, Bélgica, etc.), hasta el confesionalismo oficial, por ejemplo, de Noruega o Inglaterra.

En todos los casos, sin embargo, se intenta garantizar la libertad religiosa, a pesar de que, en Europa, los Estados acostumbran a beneficiar su religión “nacional”: la ortodoxa, la luterana, la anglicana, la católica. Incluso en la “laica” Francia se mantiene el Concordato de 1801 firmado por Napoleón y Pío VII. En rigor, pues, no hay ningún Estado cien por cien laico, es decir, dogmáticamente laico, ni tampoco lo es la Unión Europea como tal.

La cooperación de los poderes públicos con las confesiones responde a un tipo de laicidad que se ha denominado “positiva”. El papa Benedicto XVI y el presidente de la República francesa, Nicolás Sarkozy, sostuvieron a finales de 2008 un intercambio público de opiniones al respecto, en sendos discursos. El presidente afirmó que “es legítimo para la democracia y respetuoso con la laicidad dialogar con las religiones”, y que “sería una locura que nos priváramos, simplemente sería un ataque contra la cultura y el pensamiento”. Por eso hizo un llamamiento por una “laicidad positiva”, declaró. A su vez, el Papa sostuvo que “la laicidad en sí misma no está en contradicción con la fe, diría incluso que es fruto de la fe, porque la fe cristiana fue desde el principio una religión universal”.

Por lo que respecta al Estado español, la laicidad no es “perfeccionista”, pues no legitima ninguna creencia en detrimento de otra. Por tanto, la laicidad implica neutralidad porque no se convierte en instrumento en manos de los gobernantes de turno, para priorizar unas determinadas ideologías o religiones... al menos desde una perspectiva teórica.

“Apuntado” el tema de la *laicidad positiva*, de exquisita neutralidad teórica (que no práctica) nos adentramos en terrenos más intimistas respecto a nuestro personal “más allá” (o no) después de la muerte.

Permitirnos una pregunta previa: ¿se puede encontrar entre las religiones

algunas convergencias esenciales ante la muerte?, a nuestro entender, una de estas convergencias consiste en nuestro ser 'finito' y al mismo tiempo 'vivo' en su relación con el mundo y la divinidad. Otro rasgo común a todas las creencias religiosas es la clara resistencia a dar por cierta la aniquilación definitiva.

En este punto esencial, las religiones convergen (Gaudin, 2004: 29).

## ¿Qué espero después de la muerte?

El ser humano sabe que va a morir, y para cada uno de nosotros nada hay tan seguro como ello. Pero a la vez, no sabemos lo que es la muerte, es un misterio absoluto, como ya hemos apuntado en alguna ocasión.

El misterio puede paralizar, y también interpelar. Preguntarse ¿qué esperamos tras la muerte? abre puertas a múltiples respuestas. He ahí cuatro de ellas, todas posibles, todas (im)posibles. Como dice la canción, *depende*.

- La vuelta a la nada, a la oscuridad
- Una incógnita con un gran interrogante
- Un paso para vivir de otra manera por toda la eternidad
- Perdurar en el recuerdo y el agradecimiento de quienes nos han amado

Y si distinguimos las opciones principales ante la muerte desde una perspectiva más objetiva, podemos distinguir estas tres:

- La materialista-humanista, que rehúsa la creencia en cualquier forma de supervivencia después de la muerte.
- La semítica-occidental, caracterizada por la creencia en la preservación de la personalidad individual más allá de la muerte.
- La oriental, que afirma la existencia de una serie de reencarnaciones, hasta la realización de la identidad con el Espíritu y/o infinito.

## ¿Creer? ¿no creer?

*No me he de pelear con mi vecino por el hecho de que creamos que existe un dios, veinte o ninguno.*  
Jefferson

En su acepción más simple, creer es admitir como cierto que “algo” o “alguien” es tal o tal cosa. Tener fe: creer en la amistad, en su inocencia, en la vida eterna, en la palabra dada, en la homeopatía.... De ahí que la creencia no sea patrimonio exclusivo de los creyentes, sino que hay muchas formas de creencia (en objetos, en ideas, en personas, en realidades) que son la base de la cultura del ser humano.

En este fin de siglo, nuestro universo cultural occidental está marcado, entre otras cosas, por una proliferación de creencias, de grupos y de prácticas, sobre lo que puede denominarse exactamente, a falta de un mejor término, lo sobrenatural. Se trata del resurgimiento de formas variadas de una religiosidad arcaica [...]. El interés del hombre contemporáneo por los fenómenos extraños u ocultos se manifiesta en una admiración creciente por la astrología y el espiritismo, la brujería y la magia. (Torralba, 2000)

Si abordamos el creer en el sentido de fe religiosa, reconocemos que la mayoría de las personas alguna vez nos hemos planteado cuestiones parecidas a éstas:

- ¿Es posible creer en Dios?
- ¿Sirve para algo creer en Dios?
- ¿Y no creer, qué ventajas o inconvenientes puede tener?

Cualquier asiduo lector de prensa ha podido constatar la extensa diversidad de respuestas cuando en los medios se entrevista a algún personaje más o menos conocido sobre sus creencias. A título de ejemplo, sin ninguna pretensión sociológica y ni tan sólo representativa, ofrecemos una “muestra” de expresiones de creencias y no creencias de personas anónimas, pero de carne y hueso:

SÍ, CREO...

“Creo en la vida”.

“Creo en el amor y la bondad”.

“Creo que Jesús era hijo de Dios y sanador”.

“Creo en las personas, las emociones y los ideales”.

“Creo en una fuerza espiritual”.

“Creo en algo que está en el trasfondo de todas las cosas”.

“Creo en Dios como amigo”.

“Creo en Dios, pero comprendo que haya gente incapaz de creer”.

“Creo en el hombre más que en Dios”.

“Creo en otra vida tras ésta”.

NO CREO...

“¿Dios? Atea”.

“¿Dios? Un amor infantil”.

“¡Ojalá existiese Dios y no fuese sordo!”.

“¿Dios? Soy humanista científico”.

“Siempre he sentido la ausencia de Dios”.

“Lamentablemente no tengo ninguna creencia religiosa”.

“Las creencias no sirven de nada si no las llevas a la vida”.

“Soy científico y empírico, no creo en Dios”.

“No soy creyente pero me gustaría”.

Resulta evidente que hay motivos para creer pero también hay motivos para no creer. Quizá estaremos de acuerdo con que en todos los terrenos resulta más fácil destruir que construir. Cuando negamos algo, nos ahorramos todo tipo de *investigación*, mientras que cuando afirmamos, nos estamos abriendo a una *perspectiva* que no sabemos ni cuándo ni cómo acabará. Desde su perspectiva creyente, el cura de Ars, abate Vianney, escribió estas bellas palabras: “Si a la hora de mi muerte me doy cuenta de que Dios no existe, quedaré defraudado, pero nunca lamentaré haber pasado mi vida creyendo en el amor”.

En su libro *Lo que yo creo*, Jean Guilton escribe que, en nuestros días, se dice al incrédulo: “Voy a demostraros, mi querido señor, que sois un creyente que se ignora”. A este argumento, como a muchos otros, se le puede dar la vuelta y el incrédulo puede responder: “Mi querido señor, sois un ateo y no lo sabéis. Observad por otra parte cuál es vuestra conducta”.

Creyente e incrédulo son de hecho inimaginables el uno para el otro. Y, no obstante, es frecuente afirmar que los creyentes tienen una cierta ventaja sobre los incrédulos. En general podemos decir que el hombre de fe conoce perfectamente sus sombras. Reserva siempre la parte de duda, la posibilidad de que sea lo contrario. Su fe es una confianza en medio de las sombras. Mientras que, también en general, el incrédulo es un hombre seguro en sus afirmaciones. Él no cree, él *sabe* que no existe nada.

Sabemos que en Oriente, la creencia en la reencarnación es normal, mientras que, en el paradigma occidental y cristiano, lo habitual es creer en la resurrección. El hombre reencarnado entrará en la otra vida revestido de un nuevo cuerpo distinto al que poseyó en la tierra (de otro humano, de un animal,

de un vegetal), el resucitado lo hará con su propio cuerpo, ¡el de siempre! La diferencia es enorme, pero ambas posturas presuponen *creer*.

Desde nuestra perspectiva occidental, y con todas las reservas pertinentes, se podría afirmar que la idea de una única vida produce mucha angustia, mientras que creer en el más allá (en alguna de sus formas), a muchas personas les abre un horizonte de esperanza.

Desconocemos qué conciencia de su muerte tiene el que muere. Puede establecerse la hipótesis de la supervivencia espiritual (como alma, como cuerpo astral, como partícula de conciencia...) y desde esa supervivencia la conciencia de su muerte. Pero tampoco es inverosímil suponer que el hombre en los últimos momentos de su vida, y casi fuera del tiempo, logra aprehender su muerte con integridad y el misterio de la muerte, al fin, queda desvelado.

Para saber si lo que uno cree es verdadero o falso, no hay más que esperar. Después de la muerte, el misterio se desvelará, ya sea en conformidad o disconformidad con nuestra creencia más íntima, la duda más omnipresente, o la increencia más arraigada. Por ejemplo, para el filósofo Ludwig Wittgenstein, *creer en Dios significa ver que la vida tiene un sentido*, y en cambio, al científico Eduardo Punset le supondría *un disgusto enorme descubrir que hay otra vida*.

Será en el “último día” cuando nos enfrentaremos con la eternidad o con la nada.

### *¿Creer, no?*

Podemos distinguir tres formas de no creencia: la *indiferencia*, el *agnosticismo* y el *ateísmo*.

1) La *indiferencia* no toma en consideración el hecho religioso: le interesan más otras cosas. No piensa en eso. La indiferencia constituye el grado más elevado de alejamiento con respecto a la religión. El filósofo danés Soren Kierkegaard considera que aunque el hombre no pueda *matar* a Dios, sí que puede eliminar su pensamiento y su presencia y vivir en su ausencia. Esta postura se da, sobre todo, cuando no hay una experiencia próxima, porque en ese caso es frecuente definirse en alguna de las otras posiciones.

2) El *agnosticismo* es la doctrina que declara imposible conocer la existencia de Dios. La palabra *agnosticismo* originariamente significa ‘no conocimiento’ en el sentido de «no posibilidad» de conocimiento. Por lo tanto, no puede identificarse con la indiferencia.

El agnóstico es el que cree que por más vueltas que se le dé a la cuestión de Dios, no hay manera de saberlo con certeza. El agnóstico es una persona preocupada por la cuestión de Dios (que él cree insoluble). Lo expresa con un escueto “No lo sé”. La persona que duda no sabe hacia cuál de dos opiniones o

resoluciones inclinarse, se mueve en la incertidumbre entre el sí y el no. Se plantea interrogantes que, de entrada, no sabe cómo resolver.

Existe un agnosticismo casi trágico, expresado lúcida y vehementemente por Miguel de Unamuno, y otro más frívolo o desdibujado, que invita al famoso *carpe diem*, vivir el instante al máximo, y “aparcar” la duda. Quizá duela demasiado.

En más de una ocasión, la periodista Pilar Rahola ha expresado sus dudas: “personalmente confieso que envidio a los creyentes porque están menos solos ante la muerte. Pero soy incapaz de liberarme del gusto por la duda, y el dogma de fe no me seduce como pista de aterrizaje de mis miedos”. También el escritor Antonio Gala, entre otros muchos, ha opinado al respecto. Según él, hay pocos agnósticos serenos, capaces de vivir con su final auestas, sabiendo que no somos los propietarios de la vida, ni aun sus depositarios, sino utensilios suyos desechables. Y, sigue, “ante ese vacío y ese desamparo, el ser humano echa mano de poderes sobrehumanos que lo protejan de los humanos hostiles, de vidas eternas que lo consuelen de la frustración de ésta... incluso de extraterrestres que lo convenzan de que no está solo y sustituyan a dioses, ángeles y demiurgos: de lo que sea, con tal de saberse acompañado y duradero”.

3) El *ateísmo* es, etimológicamente, aquella forma de pensamiento en que se niega la existencia de Dios (a-teísmo). Existe un ateísmo teórico y un ateísmo militante. El primero es la expresión de una reflexión teórica, fruto de una experiencia personal que hace que se considere negativa la idea misma de Dios. El ateísmo militante corresponde a la posición de quien cree que debe hacerse alguna forma de campaña para liberar a las personas y a la sociedad de lo que considera sometimiento a Dios, tanto si es un dios real como un dios imaginado. El ateo considera que Dios impide la plena realización del ser humano. Con diversos matices, Marx, Freud, Nietzsche, Sartre... han sido algunos de sus representantes.

Recientemente se han publicado varios libros que niegan la existencia de Dios. El etólogo británico Richard Dawkins, principal cabeza visible del llamado nuevo ateísmo, movimiento de raíz anglosajona que agrupa a un buen número de intelectuales, afirma que los ateos somos más numerosos de lo que creen. En general, un rasgo distintivo del nuevo ateísmo, frente al viejo, es que su discurso procede más del campo científico que de las humanidades. El nuevo ateísmo no se limita a defender la tolerancia religiosa, aquello de que cada cual haga lo que quiera, sino que propugna la lucha, la crítica y la argumentación racional contra las creencias religiosas, allí donde surjan y como se expresen.

*¿Creer, sí?*

Va arraigando con fuerza la convicción de que la fe no es “creer verdades”, sino “creer en Alguien”, en Dios. En este mismo sentido hablar de Dios no quiere decir un conjunto de “verdades o afirmaciones que no se entienden”, sino una realidad que cuanto más la conocemos más nos damos cuenta de su inmensidad y misterio.

Por lo tanto, la fe no es “saber cosas” sobre Dios, sino saberlo o sentirlo presente en la propia vida. Un estudio, unos argumentos racionales, una discusión, difícilmente pueden llevar a la fe. Además, los jóvenes –y muchos de los que ya hemos pasado por la juventud– ya no asociamos, afortunadamente, la idea de Dios a la idea del miedo.

Shafique Keshavjee, teólogo y pastor de la Iglesia reformada, y autor de un libro de mucho éxito, titulado *Dios, mis hijos y yo* (2000), escribe: “No es porque yo sea religioso que tengo ganas de hablarle de Dios. Al contrario, es porque Dios me fascinó que me hice religioso, y los mejores momentos de mi vida son una plegaria”.

La fe de los creyentes (cristianos) de hoy ha experimentado un gran cambio con respecto a siglos pasados. Este cambio empezó ya en el Renacimiento, cuando el teocentrismo dejó paso al antropocentrismo y cuando la explicación de la naturaleza y de sus procesos se buscó no ya en Dios o en la Biblia sino en la ciencia y la razón.

El actual cambio religioso empezó siendo un cambio cultural y social. Pero como la fe de las personas está siempre condicionada por el contexto social de cada momento histórico, los cambios de mentalidad hicieron cambiar también las formas de representarse a Dios y el lenguaje religioso que refleja estos cambios.

Eso hace que el creyente cristiano de hoy, si quiere dar razón de su fe y no limitarse a creer por tradición o por rutina, ya no puede creer con la ingenuidad y espontaneidad con la que lo habían hecho sus antepasados. Las imágenes mentales, las representaciones que cada uno se hace de Dios y de todo “el universo religioso” (ángeles, cielo, infierno, resurrección, pecado...) tienen que pasar por la crítica de la razón. Los creyentes que son capaces de superar esta crítica y “no quedarse mirando el dedo cuando éste señala la luna” llegarán a una nueva manera de ver y de vivir su fe cristiana, que el filósofo Paul Ricoeur denomina la “segunda ingenuidad” o “ingenuidad recuperada”.

Ahora, por ejemplo, cuando el creyente del siglo XXI lee la Biblia sabe que no está leyendo un libro científico que pretenda explicar el funcionamiento del universo, sino que comparte de buen grado la visión que tenía Galileo cuando decía: “¡La Biblia no nos dice cómo va el cielo sino cómo se va a él!”.

El creyente del siglo XXI sabe que la actitud religiosa personal necesita un proceso de crítica y de “sana purificación” porque, si no, la persona podría tomar

por Dios lo que no es más que una proyección del propio deseo o de la psicología (infantil sobre todo) de cada uno. El creyente del siglo XXI sabe también que no se puede confundir la “religión” con la “patología religiosa” que puede sufrir una persona. Por ejemplo, no se puede confundir la religión con el fanatismo, el fundamentalismo o... el infantilismo religioso. Tampoco se puede confundir a Dios con las ideas que los hombres se han hecho de este Nombre a lo largo de los siglos. “Cuando el salvaje deja de creer en los ídolos de madera: ¿deja de creer que exista Dios, o deja de creer que Dios es de madera...?” (Tolstoi, 1929).

“La inmortalidad es algo esencialmente distinto de la longevidad. En cierto sentido, nuestra vida sin final es inimaginable, y tampoco está claro que sea demasiado deseable”. Simone de Beauvoir (1974) explica como una existencia terrenal sin muerte significaría volver a empezar una y otra vez, sin final, y que todo llegaría a ser una especie de juego, sin seriedad, ni profundidad, ni responsabilidad. Ahí se da la paradoja: es difícil asumir nuestra vida mortal, pero también lo sería asumir esta misma vida inmortal.

Tomemos la postura que tomemos, siempre se tratará de una “apuesta”. Y como trata sobre sentido de la vida y sobre el futuro, nunca tendremos –a la hora de tomar la decisión– todos los datos que nos gustaría tener. Por esta razón se puede decir que se trata de una apuesta: ¿nos fiamos, o no? En clave de humor... *había dos amigos, uno creía en la vida eterna y el otro no. El primero le dijo al segundo: “Si no hay una vida después de esta, los dos perdemos, porque moriremos y no habrá nada. Pero si la hay, tú pierdes y yo gano. Así que tú pierdes siempre”*.

Hace algunos meses se pudo leer, en una necrológica de un periódico de ámbito estatal, esta frase en forma de plegaria: “Dios mío, ayúdanos a seguir creyendo en ti, después de esta injusticia”. La difunta, de 45 años, había recibido los Santos Sacramentos. Sus familiares deseaban seguir creyendo en Él, después de perderla para ellos.

Siempre queda la duda, y más en situaciones difíciles de entender con nuestra lógica a ras de suelo. El obispo Joan Carrera afirmaba que “Siempre hay alguna ocasión en la que el creyente se pregunta: ¿y si no fuera cierto...? Y siempre hay alguna ocasión en la que el no creyente se dice: ¿y si fuera verdad...?”.

## ¿Espiritual, sin saberlo?

En nuestra cultura occidental se han confundido en la práctica tres palabras (y tres realidades) muy diferentes: espiritualidad, religión y cristianismo.

Cuando se habla de espiritualidad, casi todo el mundo piensa en una sustancia sutil, considerada como principio de vida, o bien en una sustancia no corpórea, opuesta, por tanto, a la materia. En este sentido, muchos seres humanos se consideran espirituales, “creyentes no religiosos” en *algo* más allá de lo visible. La espiritualidad que está resurgiendo es también un sentimiento atemporal y universal que se da vinculado o no a la práctica de una religión. Tampoco depende de que le pongamos un nombre, y de cuál sea este nombre. La espiritualidad va ligada a un respetuoso y sincero ecumenismo, en el cual se tienen en cuenta todos los caminos.

Al mencionar la palabra religión, en nuestras latitudes, se entiende espontáneamente y de manera errónea que se trata de religión cristiana, católica en los países en los que predominan los creyentes católicos o bien protestante en aquellos países donde las Iglesias protestantes están más implantadas. Otros equívocos frecuentes consisten en utilizar católico y cristiano como equivalentes, cuando el catolicismo es un sector del cristianismo (hay cristianos católicos, evangélicos o protestantes, ortodoxos...). O hablar de misa protestante, cuando esta es católica u ortodoxa, por lo que los actos evangélicos se deben denominar servicios, cultos, encuentros o celebraciones religiosas. O referirse a *la* Iglesia en referencia única y exclusivamente a la católica, llamar sacerdotes a los ministros de culto protestantes...

Por otra parte, en el último cuarto de siglo y también en el contexto occidental, las Iglesias tanto católicas como protestantes han sufrido una crisis importante. Ante esta constatación se podría creer que “la religión está en crisis”. Y nada más lejos de la verdad. Nunca como ahora había habido tantas maneras de acceder a expresiones espirituales parareligiosas (no enmarcadas dentro de ninguna organización religiosa): adivinos, magia, tarot, supersticiones, cultos satánicos, creencias en seres extraterrestres, sectas de todo tipo...

¿Y cómo calificar a los padres ateos cuando tienen que hablar con sus hijos del “después de la muerte”? ¿Espiritualidad, duda, agnosticismo, o puro ateísmo? Porque a los padres ateos les cuesta responder a preguntas comprometidas de sus hijos en edades de escuela primaria, sobre todo si se refieren al más allá: Papá, ¿cuándo te mueras, dónde estarás?, ¿y mamá?, ¿y mis juguetes?, ¿y yo, adónde iré? De la punta de la lengua pugna por salir la respuesta más cómoda: *en el cielo* conmigo, con mamá, con los abuelos... ¿Pero esa respuesta no

derrumbará las convicciones pedagógicas y los laicos principios tan firmemente conseguidos y defendidos? Veamos otra posibilidad de respuesta, en esta ocasión hecha efectiva: “cuando nos morimos, hijo, a lo mejor nos transformamos en un gatito, en un pájaro, en un árbol, en una flor... en otro ser”. Pero ni al niño de ocho años ni a él mismo le seduce la idea de ser una flor o un pájaro; además, el niño reivindica que quiere ser siempre *él* (como quería y escribía don Miguel de Unamuno).

Algunos padres ateos han sentido y sienten envidia sana de los que son capaces de creer y no tienen la inmensidad de la nada ante sus ojos, sino un atisbo sutil (o muy firme) de esperanza, aunque el perfil no esté plenamente dibujado.

Puede resultar interesante pensar qué calificativo sería el más indicado –“atea”, “agnóstica”, “espiritual”, “religiosa sin quererlo”...– para “catalogar” a la actriz Marlene Dietrich, cuando, altiva, destinó sus últimas y ásperas palabras al sacerdote que intentó auxiliarla espiritualmente. Fueron éstas: “¿De qué voy a hablar con usted? ¡Dentro de nada podré hablar con su jefe!” (Fuld, 2004).

## Una visión cristiana

Retomando de nuevo la idea de espiritualidad, comentamos ahora que el gran teólogo Karl Rahner decía que “una persona, cualquiera que sea, tiene espíritu cuando se mantiene con esperanza pese a las dificultades, el sufrimiento y los fracasos”. También es de este teólogo la ya clásica expresión: “El cristianismo del siglo xxi será místico o no será cristiano”. El jesuita A. Nicolás da su propia versión a esta frase: “Lo espiritual puede definirse de distintas maneras según el contexto religioso en el que uno ha crecido. En el contexto cristiano, es abrirse a que podamos entender el misterio último de la realidad como un Dios paternal, misericordioso, compasivo, que perdona y que nos ofrece nuevas posibilidades. El futuro será de una Iglesia que esté abierta a la trascendencia y al misterio. Una Iglesia que quiera controlarlo todo racional o litúrgicamente no tiene futuro”.

Una “apuesta” de fe es la que se puede hacer viviendo y muriendo con la esperanza de Jesús (Pagola, 2008): “Según los relatos evangélicos, Jesús ‘lanza un gran grito’. No era sólo el grito final de un moribundo. En aquel grito estaban gritando todos los crucificados de la historia. Era un grito de indignación y de protesta. Era, a la vez, un grito de esperanza. Nunca los primeros cristianos olvidaron este grito de Jesús. En el grito de este hombre repudiado y ejecutado por buscar la felicidad de todos hay la verdad última de la vida. En el amor de este crucificado está el mismo Dios, identificado con todos los que padecen, gritando contra todas las injusticias, torturas y abusos de todos los tiempos”.

En este Dios se puede creer o no creer, pero no es posible burlarse de Él. Este Dios no es una caricatura de Ser Supremo y Omnipotente, desentendido de sus criaturas o buscando exclusivamente su propia gloria. Es el Dios encarnado en Jesús, que sufre con los que sufren, muere con los que mueren injustamente y busca con nosotros y para nosotros la Vida.

En el mundo hay un “exceso” de sufrimiento inocente e irracional. Quienes vivimos satisfechos en la sociedad de la abundancia podemos alimentar algunas ilusiones efímeras, pero ¿existe algo que pueda ofrecer al ser humano un fundamento definitivo para la esperanza? Si todo acaba en la muerte, ¿quién nos puede consolar? Los seguidores de Jesús nos atrevemos a esperar la respuesta definitiva de Dios allí donde Jesús la encontró: más allá de la muerte... Dios mismo “secará todas las lágrimas de los ojos, y no existirá más muerte, ni duelo, ni gritos, ni sufrimiento”.<sup>15</sup> Hay un interrogante profundamente humano, y espiritual, planteado en la primera mitad del siglo XX pero que permanece desde el principio de los tiempos, y generación tras generación. ¿Quién puede resistir la pregunta de por qué Dios calló ante las atrocidades de Auschwitz? ¿Por qué

razón increíble el silencio de Dios fue la única respuesta a los gritos y sufrimientos de unas víctimas desposeídas de su humanidad y carentes de voz? Es la pregunta de Jesús en la cruz: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. La escritora Simona Weil afirma que Dios se revela y se oculta, se manifiesta y se esconde. ¿Y por qué Dios es así? Weil lo dibuja con la metáfora de su encuentro con un visitante desconocido y que después la abandona.

De hecho, sólo el cristianismo afirma la supervivencia personal después de la muerte. En esta doctrina la muerte aparece como liberadora de una vida mortal y como tránsito a una vida eterna. Desde esta perspectiva es fácil comprender el “muero porque no muero” de Santa Teresa. El hombre ya no es el “ser para la muerte” heideggeriano sino el ser para la vida real e inacabable. La muerte queda vencida por una vida distinta. El morir es tan sólo una condición –ciertamente difícil y terrible– de la inmortalidad, en este contexto, de la resurrección cristiana.

## Una visión budista

El monje de la tradición budista tibetana Ricard Rotllan nos recuerda que los budistas entienden la muerte como algo natural, algo por lo que tarde o temprano todos los seres hemos de pasar. Buda dice que todo es transitorio, pero que en el momento de morir lo que se deja atrás es simplemente el cuerpo físico, ya que la mente -inmaterial- no muere. Hemos de agradecer la muerte tanto como la vida, ya que es un periodo de descanso, como un sueño después del cual se recupera la energía para un nuevo ciclo de existencia.

La enseñanza de Buda se centra en *no cometer ni una sola acción dañina, cultivar la riqueza de la virtud y adiestrar la propia mente.*

Todos los practicantes del budismo y, de manera especial los monjes, incluyen el pensamiento de la muerte en sus meditaciones diarias. Consideran que es muy incoherente tratar de evitar deliberadamente el pensamiento de la muerte y del proceso de morir. Pensar en la muerte permite aceptarla mejor como parte de la vida y afrontarla más fácilmente, cuando llega. Según explica Sogyal Rimpoché (1994: 301-303), toda nuestra existencia está determinada por los elementos: tierra, agua, fuego, aire y espacio. Por medio de ellos se forma y se sostiene nuestro cuerpo, y cuando se disuelven, morimos. Un antiguo texto médico tibetano explica cómo se forma nuestro cuerpo físico:

Las consciencias de los sentidos surgen de la mente. La carne, los huesos, el órgano del olfato y los olores se forman del elemento tierra. La sangre, el órgano del gusto, los sabores y los líquidos del cuerpo surgen del elemento agua. El calor, la coloración clara, el órgano de la vista y la forma se forman del elemento fuego. El aliento, el órgano del tacto y las sensaciones físicas se forman del elemento aire. Las cavidades del cuerpo, el órgano del oído y los sonidos se forman del elemento espacio.

En resumen, sigue Rimpoché, es de la mente, que encarna las cinco cualidades elementales, de donde se desarrolla el cuerpo físico... y es a causa de este complejo mente/cuerpo por lo que percibimos el mundo exterior, compuesto a su vez por las cinco cualidades elementales de tierra, agua, fuego, aire y espacio. Asimismo, en sus enseñanzas y escritos nos muestra la esperanza que existe en la muerte, y cómo podemos ir más allá de la negación y el miedo para descubrir aquello que hay en nosotros que sobrevive a la muerte y es inmutable.

Para los budistas, después de la muerte física, queda todavía un proceso que dura aproximadamente veinte minutos, y en el cual se está como en un cielo libre de nubes y nieblas, un encuentro entre el cielo y la tierra. Se trata de un estado mental libre de pensamientos por medio del cual se llega a una conciencia muy

sutil llamada Luminosidad Base o Luz Clara.

En 2008, Allan Wallace, fundador y presidente del Instituto de Estudios de la Conciencia, afirmaba en el seminario Budismo y ciencia para la paz, que organizó la Fundació Casa del Tíbet, que la física cuántica y el budismo dicen lo mismo: vemos, pues, que “ciencia y espiritualidad están dándose la mano, no para convertirse ni para conquistarse, sino para aprender una de otra, y eso no tiene precedentes”, concluye Wallace.

## Una visión islamista

Para el islam, la muerte es un paso difícil, un hecho triste y penoso, pero no catastrófico. Es necesario que cada persona “ programe ” su muerte en el mejor escenario posible, con el fin de que ésta sea lo menos traumática posible para el que va a morir y sus seres queridos. Parecido a preparar un largo viaje: saldar deudas, despedirse de las personas más próximas, hacer testamento, dar recomendaciones y consejos a los más jóvenes...

En nuestro entorno europeo y occidental, nos parece como mínimo curioso que las mujeres no vayan al cementerio el día del entierro –que es el mismo día del fallecimiento–, y tengan que esperar al tercer día para visitar la tumba de su familiar muerto y salpicarla con agua de flor de naranjo. De regreso a la casa cenan toda la familia y recitan el Corán. El séptimo día la familia se reúne de nuevo en el cementerio y colocan la lápida sobre la tumba que estará siempre a ras de suelo. Es como volver a lo que somos.

Como testimonio directo, de gran interés en mi opinión, me complace ofrecer a los lectores este fragmento de Tahar Ben Jelloun, escritor musulmán en lengua francesa (2009: 76-77):

Un día mi padre nos convocó a mi hermano y a mí y nos dijo: “La oración es uno de los pilares del islam. Hay que hacer las cinco oraciones diarias. Podéis incluso acumular todas al final del día. No es un castigo. Si no sentís la necesidad de rezar, no recéis, pero no finjáis, no sirve de nada, el día del Juicio Final estaréis solos ante vuestra conciencia y ante Dios... Nunca os obligaré a ser creyentes. He cumplido con mi deber al mostraros el camino. El islam es sencillo, para ser un buen musulmán, basta con creer en un Dios único y en su enviado, Mohamed, el último de los profetas revelados; basta con no mentir, no robar, no matar, no hacer daño intencionadamente, comportarse correctamente con los padres y con las personas mayores. El resto, vosotros sabréis: rezar, ayunar, hacer la peregrinación a La Meca son manifestaciones externas [...] No cabe coacción en religión, el Profeta lo dijo, “haced lo que vuestra conciencia os dicte”. Con aquellas palabras, pronunciadas en tono sereno, me sentí liberado. Mi madre no se enteró de lo que mi padre nos había dicho. Pero ella era igual de tolerante que él.

¿Puede dejarnos indiferentes el significado de estas líneas? Por distantes que nos sintamos de unas creencias tan alejadas de nuestro contexto sociocultural, es sorprendente lo que podemos compartir.

Y por lo que se refiere más directamente a la muerte, el autor del relato anterior también nos cuenta que “en árabe no se nombra abiertamente la muerte, no, hay que elegir las palabras; se trata de envolver la desgracia en fórmulas religiosas más o menos precisas, del estilo ‘Dios se vuelve a llevar lo que había dado’, o bien ‘se ha marchado con Dios’, como quien dice ‘se ha ido de viaje

a casa de algún familiar’, también se dice ‘Por la gracia de Dios’. Hay que esperar un tiempo antes de pronunciar esas palabras: ‘Ella ha muerto’.

Conocer esta actitud nos permite constatar cuán alejada está de nuestra prioridad en el marco de una *educación para la muerte y la vida*, que evitará el uso de eufemismos y nombrará a la muerte por su nombre “propio”, isin tapujos edulcorantes!

*(Las visiones budista e islamista escritas por esta autora, estimados lectores, no pretenden ni pueden ir más allá de los objetivos y límites del presente libro. Es obvio, aunque necesario por mi parte, recordar que vuestros intereses y deseos personales os conducirán a contenidos y reflexiones mucho más profundas y documentadas.)*

## A modo de cierre

En la Semana Santa de 2002, el teólogo José Ignacio González Faus escribía en *La Vanguardia* (28/03/2002) que “si la bondad humana sirve ‘para ir al cielo’, entonces ya no es bondad. Si el amor ‘sirve’ para hacernos felices, entonces ya no es verdadero amor. Si la belleza ‘sirve’ para acercar las gentes a la religión, entonces no se la aprecia por ser bella. Si el compromiso con los pobres ‘sirve’ para hacer creíble a la Iglesia, ya no es compromiso con los pobres. Y en resumen: si Dios sirviera para algo ya no sería Dios, porque sería dependiente de ese ‘algo’ que quedaría como más importante que Él y superior a Él. La palabra trascendencia que solemos aplicar a Dios tiene mucho que ver con la palabra gratuidad, que no solemos aplicarle”.

O sea: en la dimensión profunda del ser humano sólo vale verdaderamente aquello que no sirve para otra cosa. Porque si sirve para algo ya no tiene más valor que el de aquello otro para lo que sirve... en cambio, si algo no se presenta como sirviendo para otra cosa, quizá es que no vale para nada; pero, a lo mejor, es que “vale por sí mismo”.

Los valores “valen en sí mismos”, aunque no valgan para mí. La utilidad, en cambio, sólo es útil si lo es para mí. La obsesión utilitaria es un visible “error de ruta” de nuestra civilización occidental, más calculadora que humanizadora, y esta obsesión utilitaria aunque surge de nuestra condición indigente, no puede ser aplicada a Dios. En resumen: quien de veras cree en la gratuidad ya toca a Dios, aunque no crea en Él. Y quien cree en Dios de manera utilitaria, no cree en Dios sino en un ídolo.

Estoy plenamente de acuerdo con mi amigo teólogo y filósofo Ricard Lobo, que hace más de una década escribió que “la existencia o inexistencia de Dios no es demostrable ni filosófica ni científicamente. Sin embargo, en las afirmaciones ‘creo que Dios existe’ y ‘no creo que Dios exista’, la palabra creer no tiene ningún alcance. En la última, no se cree en nada, sino que se ‘opina’ que no existe tal cosa. Pero quien cree no opina, sino que expresa una convicción no rebatible con argumentos, porque es posible que Dios exista a pesar de todo”.

Otras personas son absolutamente incapaces de pensar y de imaginar el más allá. Prefieren dedicar, en exclusiva, todo su tiempo a la vida, el “más allá” les es indiferente, ique se ocupen de él quiénes les interese!

Como se ha recordado a raíz de la muerte de Vicente Ferrer, ya está escrito en el Nuevo Testamento que la “verdadera religión” es la práctica de la justicia y de la generosidad con especial atención a los más maltratados. Ferrer lo concretaba así:

¿Qué necesidad tengo de buscar la verdad si cualquier acción a favor de los demás contiene todas las filosofías, todas las religiones y a Dios?

Nos atrevemos a afirmar que, después de estas palabras, *el silencio puede ser el mejor lenguaje*.

## Poema “Canto a la vida después de la muerte” (Torcuato Luca de Tena, 1923-1999)

### CANTO A LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Gracias, Dios mío, por haber nacido  
y del antiguo sueño despertado.  
Y ahora que ya no soy, por haber dado  
a aquel que fui, la gloria de haber sido.

.....

¡Si hoy duermo es porque estuve ayer despierto!  
¡Que el alto privilegio de estar muerto  
es la confirmación de haber vivido!

## ***Bibliografia***

Ariès, Philippe, *Historia de la muerte en occidente*, Barcelona, El Acantilado, 2000.

Barbery, Muriel, *La elegancia del erizo*, Barcelona, Seix Barral, 2008.

Baum, Heike, *¿Está la abuelita en el cielo? Cómo tratar la muerte y la tristeza*, Barcelona, Oniro, 2003.

Beauvoir, Simone, *Tous les hommes sont mortels*, París, Gallimard, 1974.

Ben Jelloun, Tahar, *Mi madre*, Barcelona, El Aleph Editores, 2009.

Berger, John, *Un hombre afortunado*, Madrid, Alfaguara, 2008.

Cela, Jaume, *Abans de néixer, després de morir*, Barcelona, La Galera, 2006.

Cobo Medina, Carlos, *Los tópicos de la Muerte, La Gran Negación*, Madrid, Libertarias, 2000.

Cuyás i Matas, Manuel, *Cuestiones de bioética*, Barcelona, Instituto Borja de Bioética-Fundación MAPFRE Medicina, 2002.

Esquirol, Josep Maria, *El respirar de los días*, Barcelona, Paidós, 2009.

Fuld, Werner, *Diccionario de últimas palabras*, Barcelona, Seix Barral, 2004.

Gafo, Javier, *La eutanasia. El derecho a una muerte digna*, Madrid, Temas de Hoy, 1990.

Gaudin, Philippe (ed.), *La muerte. Lo que dicen las religiones*, Bilbao, Mensajero, 2004.

Heath, Iona, *Ayudar a morir*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

Honoré, Carl, *Elogio de la lentitud*, Barcelona, RBA, 2005.

Innerarity, Daniel, *El futuro y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2009.

Keshavjee, Shafique, *Déu, els meus fills i jo*. Barcelona, Destino, 2000.

Mèlich, Joan-Carles, *Filosofía de la finitud*, Barcelona, Herder, 2002.

Meyer, J. E., *Angustia y conciliación de la muerte en nuestro tiempo*, Barcelona, Herder, 1983.

Pagola, José Antonio, *Jesús, aproximación histórica*, Barcelona, Claret, 2008.

Poch, Concepció, *De la vida y de la muerte. Reflexiones y propuestas para educadores y padres*, Barcelona, Claret, 2000.

Poch, C. y Herrero, O., *La muerte y el duelo en el contexto educativo*, Barcelona, Paidós, 2003.

Rimpoché, Sogyal, *El libro tibetano de la vida y de la muerte*, Barcelona, Urano, 1994.

Steiner, Georges, *Gramática de la creación*, Madrid, Siruela, 2001.

Thomas, Louis-Vincent, *La muerte*, Barcelona, Paidós, 1991.

Tizón, J. Luis, *Pérdida, pena, duelo*, Barcelona, Fundació Vidal i Barraquer - Paidós, 2004.

Tolstoi, León, *My Confession, My Religion, The Gospel in Brief*, Charles Scribner, Nueva York, 1929.

Torralba, Francesc, *Per què creure? La raonabilitat de la fe*, Barcelona, Edebé, 2000.

Yalom, Irvin D., *Psicoterapia existencial*, Barcelona, Herder, 1984.

## Notas

1. M. Elena Vidarte, *Magazine Psikered*, diciembre de 2008, núm. 1.
2. Cuando hablamos de situaciones límite: *el mal, el sufrimiento, la muerte*, no tenemos respuestas, recetas ni técnicas que nos permitan asegurar que una respuesta, y sólo una, es la buena. Nunca hay respuestas definitivas, sólo son provisionales. Nos atrevemos a afirmar que, en el marco de la contingencia y la finitud, el consuelo, la compasión y el silencio sean, posiblemente, las mejores respuestas.
3. Psiquiatra y neurólogo austriaco prisionero de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.
4. Eslogan de la campaña que los publicistas de la marca de ron Bacardí (a principios del año 2000) crearon como una adaptación del ansia de vivir a cien por hora y menospreciando la muerte.
5. Manuel Castells, “Morir”, *La Vanguardia*, 14/04/07.
6. Basado en *Ars Brevis* 2005, Barcelona, Blanquerna, VV.AA.
7. Antoni Puigverd, “Paseando entre las tumbas”, *La Vanguardia*, 1/11/04.
8. Fiesta importada de Estados Unidos, que llegó allí a través de los inmigrantes escoceses e irlandeses. España la ha incorporado a sus “tradiciones”, desplazando a otras más arraigadas.
9. Psicología evolutiva de la idea de la muerte (Thomas).
10. *Tánatos* ('muerte' en griego).
11. Marta Mejía, psicóloga, *La Vanguardia-Es*, 1/03/08.
12. Luis Benvenuty, “Un rito mexicano familiariza a los alumnos del Octavio Paz con la muerte y la multiculturalidad”, *La Vanguardia*, 1/11/08.
13. Fuente: Anthony, *Discovery of Death*. Citado por Yalom (1984).
14. Santiago Tarín, “Últimas voluntades en un laberinto. La falta de un documento escrito frustra la donación de un cuerpo para la ciencia”, *La Vanguardia*, 16/03/07.
15. Apocalipsis 21,4.

# Índice

Prólogo de la propia muerte	5
Reflexiones en torno a la muerte y el morir	7
Del tabú del sexo al tabú de la muerte	11
‘Mi muerte’, ‘tu muerte’. ‘Mi morir’, ‘tu morir’	13
Poema, Y ahora me voy (Pablo Neruda, 1834-1891)	17
El tiempo, la vida y la muerte	18
El tiempo que corre y se acaba	20
¿Qué significa tiempo “libre”? ¿existe el tiempo objetivo?	23
Medir el paso del tiempo, ¿necesidad humana?	26
Sobre la muerte de Iván Ilich	28
Una bella metáfora y un apunte sereno	29
¿Cuánto tiempo me queda? ¿y qué haré con él?	31
Poema ‘El cuento de nunca acabar’ (Jorge Guillén, 1893-1984)	33
Pedagogía de la vida y de la muerte	34
Educar para la vida es educar para la muerte	35
Objetivos de una pedagogía de la muerte en la escuela	38
Psicología evolutiva del concepto de muerte en los niños	39
¿Cómo hablar de la muerte en el aula?	41
El duelo de los niños	45
¿Cómo ayudarlos en el proceso de duelo?	45
Anécdotas ‘entrañables’, preguntas ‘curiosas’ y respuestas ‘sabias’ de los más pequeños	48
Poema “Tres variaciones alrededor de la muerte” (Miguel Otero Silva, 1908-1985)	50
Antes y después de morir: decidir más allá de nosotros	51
Bien morir y mal morir	52
Testamento vital o documento de voluntades anticipadas	54
Órganos que dan nueva vida: los trasplantes	56
Trasplante de vivo a vivo	57
Trasplante de muerto a vivo	58
Trasplantes ilegales	58
Donación del cuerpo a la ciencia	60
Cuidados paliativos a enfermos terminales	62

Muerte digna y eutanasia	65
Suicidio asistido	68
Poema “No llores junto a mi tumba” (autor desconocido)	70
Más allá del mundo físico: ‘la trascendencia del morir’	71
¿Laico o confesional?	73
¿Qué espero después de la muerte?	75
¿Creer? ¿no creer?	76
¿Creer, no?	78
¿Creer, sí?	79
¿Espiritual, sin saberlo?	82
Una visión cristiana	84
Una visión budista	86
Una visión islamista	88
A modo de cierre	90
Poema “Canto a la vida después de la muerte” (Torcuato Luca de Tena, 1923-1999)	92
Bibliografía	93